

EL COLEGIO DE MÉXICO

*Boletín* 176 *Editorial*

ENERO-MARZO DE 2017

**LUIS  
FERNANDO  
LARA**

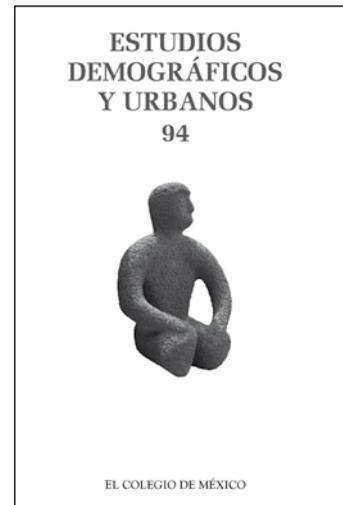
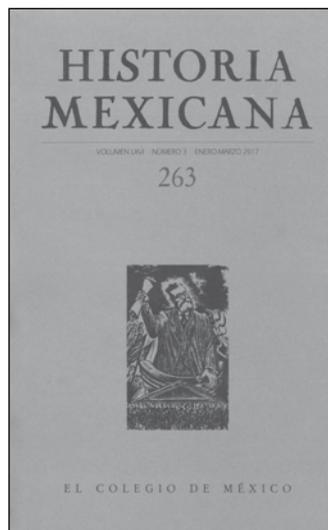
Profesor Emérito  
de El Colegio de México

**ADEMÁS:**

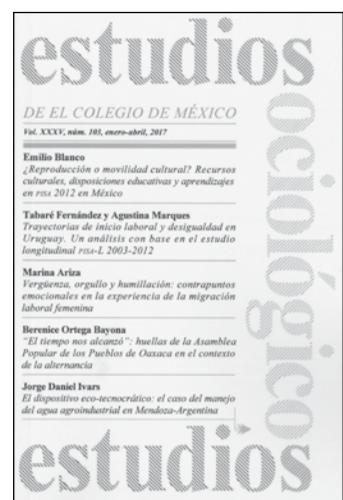
*Mi Buenosayres querido,*  
de Fernando del Paso



# PUBLICACIONES PERIÓDICICAS



El Colegio de México, A. C.,  
 Dirección de Publicaciones,  
 Carretera Picacho 20,  
 Ampliación Fuentes del Pedregal,  
 14110, Ciudad de México,  
 Para mayores informes:  
 Tel. 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,  
 o correo electrónico:  
 publicolmex@colmex.mx



# Í N D I C E

Agradecimiento

■ *Luis Fernando Lara* ■ 3

Luis Fernando Lara y el despliegue  
de la curiosidad

■ *Francisco Segovia* ■ 9

Luis Fernando Lara y la crítica  
de los saberes lingüísticos

■ *María Eugenia Vázquez Laslop* ■ 13

La historia del *Diccionario  
del español de México*

■ *Luis Fernando Lara* ■ 15

La lingüística,  
¿otra historia?

■ *Luis Fernando Lara* ■ 21

ADEMÁS:

Mi Buenosayres querido

■ *Fernando del Paso* ■ 33

---

EL COLEGIO DE MÉXICO, A.C., Carretera Picacho Ajusco 20, Ampliación Fuentes del Pedregal, 14110, Tlalpan, Ciudad de México, Tel. 5449 3000, ext. 3077

*Presidenta* SILVIA E. GIORGULI SAUCEDO ■ *Secretario general* GUSTAVO VEGA ■ *Coordinadora general académica* LAURA FLAMAND ■ *Secretario académico* VICENTE UGALDE ■ *Secretario administrativo* ÁLVARO BAILLET ■ *Directora de publicaciones* GABRIELA SAID ■ *Coordinadora de producción editorial* CLAUDIA PRIANI ■ *Editor* ULISES MARTÍNEZ FLORES ■ *Corrector* ISMAEL SEGURA HERNÁNDEZ ■ *Coordinador de diseño* PABLO ANDRÉS REYNA LEÓN ■ *Coordinadora de promoción y ventas* NINEL SALCEDO ROMERO

BOLETÍN EDITORIAL, NÚM. 176 ENERO-MARZO DE 2017

Impresión: Reproducciones y Materiales, S.A. de C.V.

Formación y diseño de portada: ROSALBA ALVARADO PÉREZ

ISSN 0186-3924

Certificado de licitud. núm. 11152 y de contenido, núm. 7781, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas el 15 de mayo de 2000; núm. de reserva 04 1999-112513491900-102.



El 31 de mayo de 2016, el lingüista Luis Fernando Lara fue nombrado Profesor Emérito de El Colegio de México, máximo reconocimiento académico que otorga nuestra institución. De esta manera, el profesor Lara se sumó a la muy selecta lista de profesores eméritos del Colmex: Silvio Zavala, Víctor Urquidi, Antonio Alatorre, Luis González y González, Moisés González Navarro, Margit Frenk, Rafael Segovia, Mario Ojeda, Gustavo Cabrera, Josefina Zoraida Vázquez, Rodolfo Stavenhagen, Lorenzo Meyer, Andrés Lira y Orlandina de Oliveira, grupo al que meses después (el 11 de octubre) se agregó también el economista Gustavo Garza.

Dedicamos este número del *Boletín Editorial* a Luis Fernando Lara con la publicación de tres de los discursos que se leyeron en ocasión del citado nombramiento: su texto de agradecimiento, así como las intervenciones de sus colegas Francisco Segovia y María Eugenia Vázquez. Completamos el recorrido por la trayectoria profesional del doctor Lara deteniéndonos en dos puntos de la misma: el *Diccionario del español de México*, del que publicamos un resumen de su "Introducción", y su nombramiento como miembro de El Colegio Nacional, del que en estas fechas se cumplen diez años; a propósito de este reconocimiento, reproducimos su discurso de ingreso: "La lingüística, ¿otra historia?", y la respuesta que pronunció entonces el también emérito del Colmex, Antonio Alatorre. 

# Agradecimiento\*\*

En febrero de 1966 fue un honor que me aceptaran como estudiante de la segunda generación del Doctorado en Lingüística y Literatura de El Colegio de México. Haber podido conocer a Margit Frenk y a Juan Miguel Lope Blanch, cuyas obras me habían entusiasmado durante mi licenciatura, se sumaba al agradecimiento por haberme dado una beca que me permitiría continuar con mis estudios.

Antonio Alatorre me mostró lo que es la generosidad, una generosidad de ser humano y de académico. En 1966, en el edificio de El Colegio en la calle de Guanajuato 125, una de las paredes de entrada a la biblioteca tenía la siguiente leyenda: “Libenter impartio mea, non gravatim accipio meliora”. Traducido con cierta liberalidad, dice: “Con generosidad comparto mis beneficios; sin pesar recibo los que los demás mejoran”. Desde entonces ese lema de la *Utopía* de Tomás Moro, escogido por don Silvio Zavala —debo el dato a Martha Elena Venier—, se convirtió en la declaración de principios que me ha guiado a todo lo largo de mi carrera y de mi actividad en El Colegio de México.

El honor que hoy me confieren es, para mí, una muestra más de esa generosidad de la institución a la cual me debo: la que me hizo lingüista, la que me dio la oportunidad de encabezar el *Diccionario del español de México*. Agradezco a los miembros del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, ante todo a los que me propusieron; al Consejo Académico y a la Junta de Gobierno, haberme considerado digno de recibir este emeritazgo, que viene a ser el mayor honor al que uno puede aspirar en esta institución. También le agradezco a mi esposa, Lilly, su apoyo y su sacrificio, que son los que me han impulsado en los últimos 36 años a dedicarme a mis tareas.

Ingresé como investigador al Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios en marzo de 1970. Aunque había terminado los estudios de doctorado y había pasado un año y medio ampliando mi formación con Klaus Heger y Kurt Baldinger en Alemania, todavía no presentaba la tesis correspondiente. En aquella época eso se podía. La lingüística era entonces y sigue siendo una disciplina científica muy poco conocida, dividida, entre nosotros, en dos corrientes: la hispanista de las carreras de letras y la indigenista de las carreras de antropología. La licenciatura en letras apenas nos daba a leer una o dos obras que nos permitían atisbar lo que trataba esta ciencia extraña. Recuerdo que don Ignacio Dávila Garibi, en la Universidad Iberoamericana, nos dio a leer el libro de Félix Restrepo, un jesuita colombiano, *Semántica, el alma de las palabras*; cuando se dio cuenta de mis difusos intereses lingüísticos, me recomendó el *Curso de lingüística general*, de Ferdinand de Saussure que, naturalmente, no entendí en ese momento; después llevé la materia de Gramática histórica y leí, por mi cuenta, el libro de Menéndez Pidal, seguido por *El idioma español en sus primeros tiempos*, en el que a la lengua se unía la lírica popular. Con esos libros se me manifestó mi vocación de lingüista. Fueron los cursos de Arturo Souto y Paciencia Ontañón de Lope Blanch los que me introdujeron a la filología, pero mi descubrimiento de El Colegio de México lo debo al *Cancionero de Upsala*, que llegué a conocer gracias al musicólogo gallego Jesús Bal y Gay, quien nos puso un concierto de villancicos españoles del siglo XVI en lo que fue la Sociedad Mexicana de Flauta Barroca. Doña Paciencia me recomendó a don Juan Lope Blanch; el *Cancionero de Upsala* me llevó a Margit Frenk.

Con esos rudimentos comencé el doctorado. Al curso de fonética y fonología se fueron sumando, amontonando, los de lingüística general, lingüística románica, semántica, dialectología, latín, español de América, además del conjunto de materias de literatura, pues todavía no se dividía en dos

\* Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios.

\*\* Texto leído el 31 de mayo de 2016, durante la ceremonia en la que El Colegio de México otorgó al doctor Luis Fernando Lara el nombramiento de Profesor Emérito.



el doctorado. Ahora me pregunto cómo hacíamos los estudiantes para leer todo lo que debíamos y además presentar los trabajos correspondientes a cada curso. Alatorre, Margit y Lope eran las cabezas que conducían el Centro. Los estudiantes debíamos participar en uno de los dos seminarios de investigación: el de lírica popular o el de dialectología; además, debíamos colaborar en la lectura y corrección de galeras de la *NRFH*, así como ayudar a revisar revistas especializadas, en donde se marcaban los artículos que habrían de formar parte de la bibliografía de la revista, uno de sus principales orgullos. He insistido varias veces en que el Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios es el único en El Colegio que se formó alrededor de una revista. La *NRFH* nació para recoger la tradición de la *Revista de Filología Española*, suspendida por el régimen franquista, llevada a Buenos Aires por Amado Alonso, quien creó la *Revista de Filología Hispánica* para continuarla, y traída por él y Raimundo Lida a El Colegio, cuando el peronismo amenazó con la desaparición del Instituto de Filología de Buenos Aires. La *NRFH* se nos

imponía como una obligación moral hacia el hispanismo internacional; hoy, como les gusta decir a los españoles, es “una revista de culto”; para mí, sigue siendo motivo de emoción que acepte para publicación alguno de mis artículos.

El tren de trabajo que teníamos los estudiantes correspondía efectivamente al tiempo completo, al grado de que Margit o Carlos Magis bajaban a la biblioteca cada cierto tiempo a comprobar que estuviéramos estudiando. Pero además la vida de México era incitante y esperanzadora, por la plena efervescencia intelectual y juvenil de la década de 1960: había que leer a Monsiváis, a Fuentes, a Paz, a Arreola, a Segovia, a García Márquez, a Cortázar, a Borges; leíamos *Diálogos*, *México en la cultura*, la *Revista de la Universidad*, las páginas semanales de Emmanuel Carballo y Luis Guillermo Piazza en la prensa e incluso *Snob* de Salvador Elizondo; a mí me cautivaron Diderot, Rimbaud y los parnasianos franceses; había temporadas de conciertos en Bellas Artes y en el Auditorio de Medicina: oíamos los jóvenes por primera vez a Bartok, a Ligeti, a Maderna, a Messiaen, a Stockhausen, a Enríquez; nos



llegaba buen cine francés e italiano: Godard, Malle, Fellini, Visconti; nuestro pequeño grupo de quince estudiantes sabía divertirse: Margarita Peña organizaba fiestas inolvidables en su casa, Ana Bertha Gorovich también hacía de las suyas cuando llegaban profesores invitados; además salíamos por el país a hacer las encuestas preliminares del proyecto colectivo “Determinación de zonas dialectales del español de México” —nombre originario del *Atlas lingüístico de México*.

Al terminar los tres años completos del doctorado tenía yo mucha información; la exigencia de precisión, que Margit y Antonio nos instilaban al escribir, y Lope en la descripción, por ejemplo, de las pronunciaciones que escuchábamos en las grabaciones dialectales, era una constante obsesiva. Pero para hacer una tesis de doctorado en lingüística hacía falta más tiempo; en tres años se nos sometía a una verdadera avalancha de lecturas y conocimientos nuevos, difíciles de digerir rápidamente. La verdadera dificultad de la lingüística no es su tecnicismo, sino la comprensión profunda del fenómeno del hablar y los planteamientos correspondientes

de las cuestiones interesantes. Una profesión como la mía, apenas enseñada en pocas de nuestras universidades, no madura en tres o cuatro años. Hoy lamento mucho la presión impuesta por el Conacyt desde hace años a nuestros estudiantes a los que, aplicando criterios propios de los laboratorios de las ciencias naturales, en los que los estudiantes se dedican a resolver fragmentos de las investigaciones que llevan a cabo sus profesores, casi les exige, como alguna vez le recomendó don Daniel Cosío Villegas a Antonio Alatorre, doctorarse mal y pronto. Yo tuve la fortuna de que entonces no era así: la liberalidad de El Colegio sabía esperar; sabía, como alguna vez me dijo Jorge Suárez, que el grado de doctor es un certificado de madurez.

Siempre he pensado que la generación de la que formé parte fue muy afortunada. Tuvimos los mejores profesores; la relación profesor-estudiante era tan estrecha que a veces resultaba abrumadora; pero el contacto con ellos, la exigencia que se imponían a sí mismos, la honradez con que emprendían sus estudios, fueron la mejor de las escuelas.

Lope Blanch nos transmitía la mejor herencia pidalina del Centro de Estudios Históricos de Madrid. Al llegar a México don Juan se había impuesto la investigación dialectológica del español de México; digo “impuesto” porque alguna vez me confesó que lo que quería hacer era dedicarse a la literatura de los Siglos de Oro, pero al darse cuenta del desconocimiento que había de la historia y del estado contemporáneo de los estudios dialectales, le parecía una obligación moral hacia México llevar a cabo esas investigaciones y educarnos a sus alumnos en esa concepción. Por eso he afirmado tantas veces que el padre de la lingüística hispánica en México fue él. Lope también fue un ejemplo de honradez científica.

Pero el curso de lingüística general que nos dio Eugenio Coseriu a finales de 1966, en su plena madurez y con el auge del estructuralismo en Europa, me abrió los ojos a un panorama enormemente rico y variado. Coseriu no sólo era una especie de Júpiter tonante, sino que además nos daba una lingüística profundamente enraizada en la tradición europea, que nos llevó a leer, por ejemplo, a Croce, a Humboldt, a Trubetzkoy, a Boudoin de Courtenay, a Jost Trier, a Walter Porzig, a Louis Hjelmslev. Yo había llegado a las letras cuando me di cuenta de que la ingeniería, de la que cursé dos años, no era mi vocación, pero esos años me habían dejado cierto gusto por el formalismo matemático. Cuando Klaus Heger, sin duda el semantista más profundo de aquellos años, nos dio el curso de semántica, supe que era a él a quien debía seguir en mi formación, precisamente por sus minuciosos ensayos formalistas. Por eso, al terminar los estudios, solicité una beca al Servicio Alemán de Intercambio Académico. Traté de absorber lo más posible de la exactitud y la precisión de Heger, pero, a la vez, descubrí en Heidelberg el encanto de la filología románica en los cursos y seminarios de Kurt Baldinger en quien, a diferencia de Heger, su



alumno, predominaba el “*esprit de finesse*” en vez del “*esprit de géométrie*”, como lo dijo Ana María Barrenechea en una reseña que disgustó al maestro.

Sólo después de eso, y de haber leído sistemáticamente las obras que, en dos gruesas listas de lecturas, nos daban como prerequisite para poder presentar el doctorado, logré definir mi tema de tesis y llevarla a cabo: *El concepto de norma en lingüística*, que presenté en 1975, es decir, ya contratado como profesor-investigador, lo que ahora tampoco es posible.

La generosidad de Antonio Alatorre y, detrás de ella, la de don Víctor Urquidí, me trajo como profesor-investigador en marzo de 1970. Ingresar al Centro fue un premio y un honor que siempre he agradecido. Era como entrar a formar parte de una familia. Antonio no me puso restricciones. Yo tenía plena libertad para decidir mis temas de investigación. En esos años Tomás Segovia había vuelto al Centro; él, con Alatorre y James Irby, organizaron un seminario sobre estructuralismo, en el que participé entusiasmado; después, la cercanía con Tomás, deslumbrante, profundo, tan exigente como Antonio, comenzó a marcar mi desarrollo independiente. Desde entonces Tomás se convirtió, como dicen los franceses, en mi *maître à penser* y en mi muy querido amigo.

Todos los maestros albergamos el deseo de que nuestros alumnos continúen con nuestra obra; Klaus Heger no era una excepción y esperaba que yo me dedicara a sus modelos formales, expuestos en su libro *Monem, Wort, Satz und Text*. Pero a mí el movimiento estudiantil de 1968 me había abierto los ojos y me había convencido de que los universitarios mexicanos debemos contribuir seriamente a la vida científica y cultural del país. En 1972 Antonio Alatorre me encargó preparar la investigación necesaria para elaborar el *Diccionario del español de México*; tal encargo abrió la posibilidad de cumplir con mi vocación y devolver al país algo de lo que me había dado. Acerca del origen del *DEM*, puede

leerse el prólogo a la primera edición del *Diccionario*. Publicado en 2010, se convirtió en el cauce y la finalidad de mi vida de investigador. En torno a sus fundamentaciones semántica, histórica, normativa y cuantitativa fue organizándose mi carrera. Hoy, convencido de su necesidad para la educación y la cultura de México, pugno por dejar un grupo de trabajo bien consolidado que garantice la permanencia de sus tareas, que no sólo son muchas sino, por su naturaleza, inacabables.

Mi investigación personal se ha orientado en cinco direcciones: el estudio de la normatividad en la lengua, la teoría semántica, la relación de la lengua con la cultura, la metodología lexicográfica y la historia del español. Aunque las enuncie por separado, todas ellas me han llevado a una teoría del lenguaje que he venido exponiendo en diversos libros y artículos. Cuando digo teoría no me refiero a modelos apriorísticos, a los mentados “marcos teóricos” que la mala formación científica impone a los estudiantes; creo con Piaget que la teoría consiste en encontrar la razón de los hechos; es decir, que la teoría se construye al último, cuando hemos observado, escudriñado, experimentado multitud de fenómenos reales de la práctica del hablar.

En cuanto a los estudios de la normatividad lingüística, creo que he logrado entender los resortes y las contingencias históricas en que se ha desarrollado la normatividad de la lengua, el “está bien dicho”, el “se debe decir”, tanto como característica inherente a todas las lenguas como en relación con la historia particular del español. Los puntos de partida y de llegada en el estudio de ese vértice son mi tesis *El concepto de norma en lingüística* (1976), *Lengua histórica y normatividad* (2004) e *Historia mínima de la lengua española* (2013); los dos primeros ya pueden englobarse con varios artículos más en el primer tomo de mis *Obras completas*, próximo a publicarse en El Colegio Nacional.

El vértice semántico se ha ido desarrollando junto con la práctica de la lexicografía, pero ciertamente sobre el fértil lecho de ideas que recibí de Klaus Heger: la complejidad de la significación verbal manifiesta en los usos reales del español y en los atisbos que me ha permitido tener el trabajo con maestros normalistas chiapanecos, hablantes sobre todo de tzeltal, me ha ido obligando a buscar una teoría que explique la relación entre el signo lingüístico y aquello a lo que refiere en la experiencia de la vida; en consecuencia, una teoría que explique el modo en que se forma el significado de las palabras durante la adquisición de la lengua materna en los niños, el modo en que la cultura moldea ese significado, el cómo reside la lengua en los diccionarios, considerados depósitos de la memoria verbal colectiva y el modo en que se crea el significado especializado. Esta teoría se desarrolla en mis libros *Ensayos de teoría semántica* (2001), *Teoría del diccionario monolingüe* (1997), *De la definición lexicográfica* (2004) y, en su última versión, *Teoría semántica y método lexicográfico*, recién publicado por El Colegio de México.

He construido este conjunto teórico en un orden contrario al ideal, pues comencé por la teoría del diccionario (1997), cuyo sustento debe ser una teoría del significado (2004), pero que requería una teoría de la palabra y el léxico, desarrollados en mi *Curso de lexicología* (2005). Tal orden es resultado del proceso general que me esfuerzo por seguir en la investigación: partir de datos concretos y construir las explicaciones necesarias.

He venido proponiendo la idea, que parte de la elaboración teórica de Eugenios Coseriu y Brigitte Schlieben-Lange, de las “tradiciones verbales” como manera de entender el equilibrio de fuerzas que da lugar a las lenguas reales, como objetos históricos. Una concepción restringida de las lenguas como sistemas (todo el estructuralismo y el chomskyanismo) no permite entender la manera en que existen y se modifican parcialmente en las sociedades; para lograrlo hay que tomar en cuenta las tradiciones verbales cultas y populares, que dan lugar a normas, de las que depende la conservación de las tradiciones y, a la vez, los derroteros que puede seguir la evolución de una lengua en el tiempo. Para ello he ido revisando “la idea de la lengua española” y toda su historia. El libro antes mencionado, *Historia mínima de la lengua española*, resume estos trabajos en sus líneas centrales de interpretación.

Por último, he venido tratando de demostrar cómo los vocabularios especializados de las ciencias tienen su origen en las lenguas históricas y en qué forma es la capacidad metafórica de todo hablante lo que está en el origen de los neologismos científicos. El análisis semántico del español y, con mis alumnos indios, de algunas lenguas amerindias, me permite generalizar mis propuestas y tratar de demostrar el tejido de esa relación.

Mi trabajo para el *Diccionario del español de México* ha sido determinante de esas investigaciones, pues plantea interrogantes que debe uno poder resolver para que el diccionario se sustente, en términos racionales y en términos de legitimidad social. Mi libro sobre la *Teoría del diccionario monolingüe* es una argumentación en ese sentido y une la historia de los diccionarios, las condiciones universales que posibilitan la aparición de los diccionarios (la pregunta sobre el significado) y su inmanencia a las culturas.

La investigación y la elaboración del *Diccionario del español de México* ha sido un trabajo colectivo en el que logré poner en práctica varios elementos, de los que mis compañeros y yo nos sentimos orgullosos: para comenzar la investigación, reuní un grupo de trabajo verdaderamente interdisciplinario: Carmen Delia Valadez, Paulette Levy, Ángeles Soler y yo nos dedicamos a elaborar los algoritmos lingüísticos necesarios para que los materiales de nuestro corpus pudieran analizarse con la computadora electrónica; la matemática Isabel García Hidalgo se encargó de traducir esos algoritmos a los computacionales, que dieron lugar al *Analizador del DEM*, terminado en 1976. Fue un rico aprendizaje lograr construir la interdisciplina con ella. Con la ayuda de varios colegas y

de becarios hicimos el primer corpus de datos de la lengua española, el *Corpus del español mexicano contemporáneo, 1921-1974*, antes de que lo hicieran en España y en otros países; con Roberto Ham Chande formulamos un sistema de análisis cuantitativo del léxico, que nos ha permitido delimitar lo que podríamos llamar “núcleo léxico” del español mexicano contemporáneo, y que se manifiesta en la lista de vocablos que forman entradas en el *Diccionario del español usual en México*. Este sistema es todavía único porque nadie se ha propuesto formular otro, ni en España ni en otros países.

La lexicografía es una metodología; todavía ahora son más los lexicógrafos que se dedican a elaborar diccionarios sin preguntarse cómo significan las palabras y cómo se debe presentar sus significados en los diccionarios. Mi aportación ha consistido en mostrar la necesidad de una teoría del signo y de la significación para desarrollar un método lexicográfico congruente y adecuado a la función social de los diccionarios. Aunque sea inmodesto de mi parte, nuestro trabajo lexicográfico ha alcanzado fama internacional, como puede demostrarse acudiendo a la bibliografía especializada.

Muchos han formado parte del equipo de trabajo del *DEM*: además de los ya mencionados, he de destacar a Luz Fernández y Gilberto Anguiano, quienes han dado el sustento documental al equipo de trabajo y más recientemente a Alfonso Medina y Alejandro Rosales, quienes se ocupan de todo el trabajo de cómputo del *Diccionario*. El equipo de análisis semántico y de redacción pudo contar, desde un principio, con la colaboración de jóvenes escritores mexicanos —ante todo Francisco Segovia, primer puntal del trabajo, pero también Carmen Boullosa, Coral Bracho y Francisco Torres Córdova— que, sin títulos ni grados, han aportado a la práctica semántica descriptiva su sensibilidad, su cultura y su capacidad para escribir. Escribir un diccionario termina por ser un arte, que sabe aprovechar la calidad de la buena escritura y la curiosidad universal de todo escritor que se precie de serlo. No menciono a todos los que en diversas épocas y ahora han formado parte de nuestro grupo de trabajo, pero no por eso dejo de agradecer





su colaboración. Josefina Camacho y Érika Flores han sido nuestras secretarías, que más allá de su función administrativa han sabido integrarse al equipo y colaborar con nosotros.

Para mí, el *DEM* es una manera de continuar la tradición de El Colegio, de arrostrar la investigación de largo plazo y contribuir al conocimiento de lo mexicano. Del mismo modo en que, como miembro de El Colegio, me enorgullece el trabajo de Gustavo Cabrera y su aportación decisiva a la política de población de México, o el de los autores de la *Historia general de México*, o de la *Historia de la Revolución mexicana*, he buscado que el *DEM* sea una contribución que se una a las dos grandes obras del *CELL*: el *Atlas lingüístico de México* y el *Cancionero folklórico de México*.

Si la elaboración del *Diccionario* implica un compromiso con la sociedad mexicana, he dedicado también mucho trabajo a impulsar y organizar una comunidad mexicana de lingüistas, que llegue a crear la “masa crítica” necesaria para que nuestra ciencia madure en México. Fundé con otros cinco colegas la Asociación Mexicana de Lingüística Aplicada, A.C. Esta asociación reúne hoy a la mayor parte de los lingüistas activos en México. Organiza también los Congresos nacionales de lingüística. Publica la revista *Lingüística Mexicana*, que dirigí por algunos años.

He intervenido en muchos esfuerzos por lograr que las lenguas amerindias vuelvan a ser funcionales para sus hablantes, por lo cual he escrito varios artículos sobre política

lingüística en México. Lo mismo colaboré en el esfuerzo, logrado, por que se diera reconocimiento legal a la lengua de señas mexicana, para que las comunidades de sordos puedan mejorar sus condiciones educativas.

Siempre me he sentido comprometido con la educación en México, motivo por el cual he dado una gran cantidad de conferencias sobre diferentes temas relacionados con mi actividad de investigación, en universidades y en escuelas secundarias y preparatorias. Mis obligaciones con El Colegio Nacional me llevan a ofrecer al menos diez conferencias al año en diferentes lugares del país; con el mismo objetivo ofrecí en 2010 el Curso de historia de la lengua española en la sede de El Colegio Nacional (de ahí salió el libro mencionado), donde hubo una participación cercana a 500 asistentes, cien receptores por internet y seis universidades mexicanas, más la de Santo Domingo y la de Nicaragua, durante las 34 conferencias que duró el curso. Participo, siempre que hay oportunidad, en programas de radio y televisión, así como con textos cortos y en entrevistas periodísticas, destinados a ampliar el conocimiento de nuestras lenguas, a difundir una idea mexicana, diversa y rica del español contemporáneo y a orientar la educación en español.

El Colegio de México ha sido muy generoso conmigo; yo he tratado de retribuirlo, fiel a la divisa escogida por Zavala, en la medida de mis capacidades. Gracias, muchas gracias, de nuevo. **CS**

# Luis Fernando Lara y el despliegue de la curiosidad\*\*

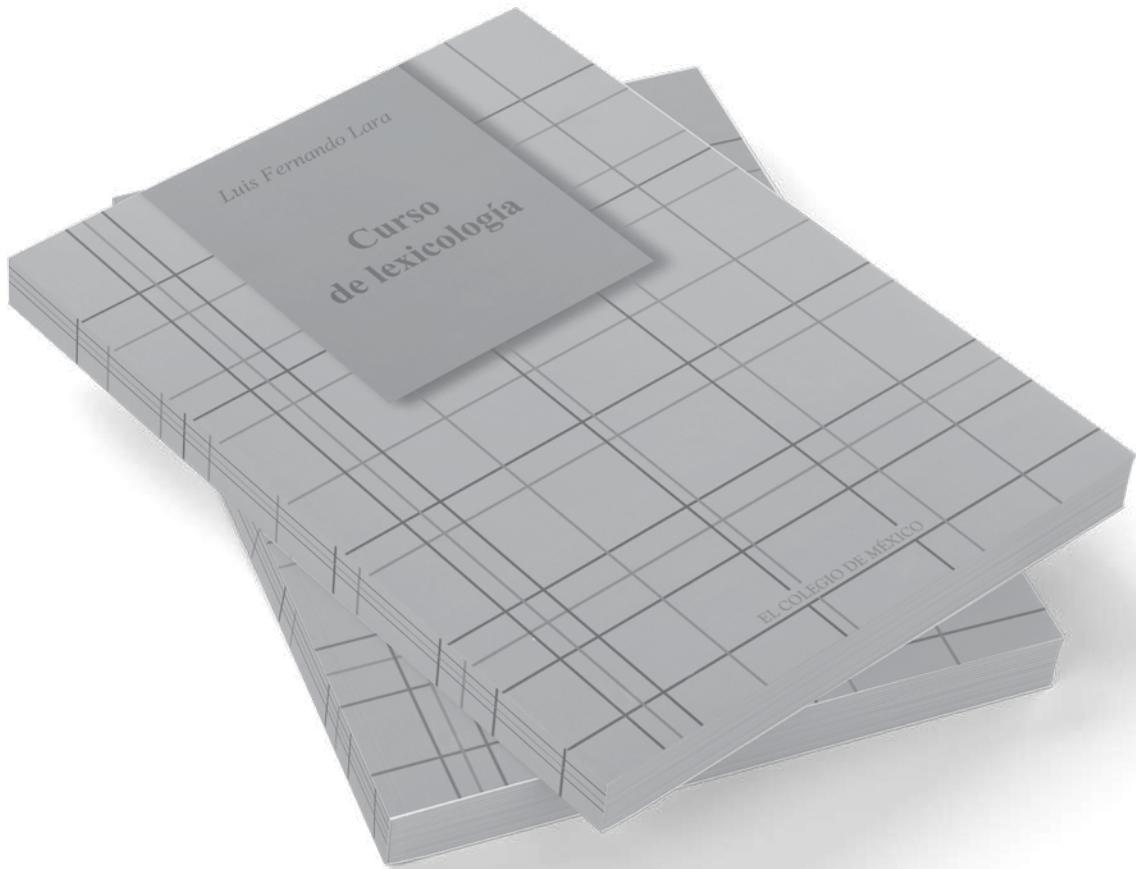
La trayectoria profesional del doctor Lara es larga y rica, pero acaso pueda resumirse en el título de una de sus conferencias: “De la investigación lingüística a la práctica lexicográfica”. A esto, sin embargo, le vendría bien un subtítulo: “Ida y vuelta”, que es más o menos lo que declara el título de su libro más reciente: *Teoría semántica y método lexicográfico*. Y es que, en efecto, la lingüística teórica siempre ha tenido en él un correlato práctico y la lingüística aplicada, un corolario teórico. Véanse, si no, los trabajos de una y otra índole que ha dedicado al español de México, acaso el tema central de sus investigaciones. Si su primer libro trataba sobre *El concepto de norma en lingüística* y uno de los más recientes y ambiciosos se presenta como una *Historia mínima de la lengua española*, a nadie extrañará que en el centro de ambos se coloque el *Diccionario del español de México* (el DEM), ese gran proyecto lexicográfico que el doctor Lara dirige desde su fundación, en 1973. Este proyecto ha dado a la luz algunos resultados importantes, como el Corpus del Español Mexicano Contemporáneo y las distintas versiones del diccionario (el fundamental, el básico, el usual y ése que sus redactores llamamos “el grande”, que muy pronto será aún más grande). Pero el doctor Lara ha sido el motor de otras muchas actividades, como el Seminario de especialización en lexicografía, que dirige en la sede del DEM desde septiembre de 1998 y del cual han emanado numerosos trabajos, especialmente de lexicografía y terminología. A su infatigable labor docente en muchas universidades, nacionales y extranjeras, se añade ésta, un poco más específica: la de formar lingüistas en la práctica (terminólogos, lexicógrafos, especialistas en cómputo lingüístico, etc.). De esto es muestra principal el equipo del DEM —primer grupo de lexicógrafos formado en



México y primer proyecto de lingüística computacional en lengua española—, pero también los equipos que, basados en la experiencia del DEM, redactan o han redactado diccionarios regionales o diccionarios monolingües en varias lenguas indígenas. A esto debemos agregar sus actividades gremiales (fundador de la Asociación Mexicana de Lingüística Aplicada, AMLA), de difusión (miembro o director de varias revistas, nacionales y extranjeras, como la *Nueva Revista de Filología Hispánica*, *Lexis*, *Estudios de Lingüística Aplicada*, *Lingüística Mexicana*) y, finalmente, administrativas (presidente de la AMLA, director del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios de El Colegio de México, etc.). Los reconocimientos a sus labores académicas no han faltado, como muestra el que le hace hoy El Colegio de México al nombrarlo investigador emérito, o el que hace

\* Programa del *Diccionario del Español de México*.

\*\* Texto leído el 31 de mayo de 2016, durante la ceremonia en la que El Colegio de México otorgó al doctor Luis Fernando Lara el nombramiento de Profesor Emérito.



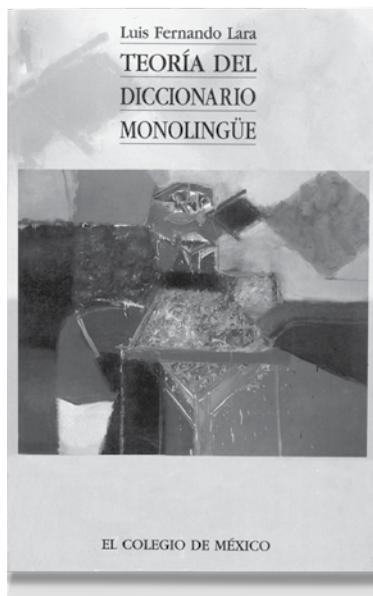
unos años le hizo El Colegio Nacional, al recibirlo como uno de sus miembros.

Con todo, esta breve semblanza curricular no muestra la importancia de los trabajos del doctor Lara. Decir, por ejemplo, que uno de sus libros se titula humildemente *Curso de lexicología* no da indicio suficiente de lo que sus páginas contienen: una respuesta a uno de los problemas más antiguos y espinosos de la lingüística general, y en particular de la lexicología; a saber, cómo y con qué palabras definir la palabra *palabra*, sustento teórico sin el que han tenido que contentarse no sólo los trabajos que la toman por centro (diccionarios, terminologías, gramáticas, etc.) sino la ciencia lingüística entera. El doctor Lara aclara que la respuesta que él propone en este libro es “tentativa”, pero a uno le queda la impresión de que en este caso lo tentativo no remite a una posible fragilidad de los argumentos sino, más bien, a la novedad de la respuesta, que es en realidad un conjunto de respuestas coordinadas. Si la definición de *palabra* se les ha escapado aun a los lingüistas más notables es quizá porque han

pretendido abordarla siempre desde un punto de vista particular y en la idea de que la solidez de su definición depende de la solidez del punto de vista. Lo que el doctor Lara intenta en este libro es llenar los huecos de cada punto de vista reuniéndolos todos en una imagen coherente. Así, echa mano

de la filosofía del lenguaje, de la morfología, de la semántica, de la estadística, de la psicología y —cosa obvia, pero también inusitada— del sentido común. Delimita así un concepto estable y confiable sobre el cual basar los trabajos de la lexicología, como dice él, pero que podrían dar fundamento a los de la lingüística completa.

Del mismo modo, citar simplemente y como a la pasada el Corpus del Español Mexicano Contemporáneo es casi cometer una injusticia. Este corpus (el CEMC) se alimentó de grabaciones de campo y de textos publicados en México entre 1921 y 1973; es decir, se alimentó de ejemplos de *uso real* registrados en México desde el fin de la Revolución y hasta el día en que fue compilado el corpus mismo. Éste constituye la base documental y estadística sobre la que se ha apoyado el *Diccionario*





del español de México para obtener la lista de palabras que ha ido definiendo en sus distintas versiones y para poner sus ejemplos, que son por eso citas de uso real. Pero sus resultados tienen importancia por muchas otras razones. Como el CEMC está dividido en géneros (niveles de lengua, campos del conocimiento, etc.), puede determinar estadísticamente la frecuencia total o relativa de las palabras del español de México y enlistarlas en un orden creciente o decreciente, o por áreas de conocimiento, por nivel de lengua, etc. Por lo demás, el análisis del CEMC fue la chispa que detonó la elaboración de dos programas de cómputo muy específicos: un analizador gramatical automatizado (cuyos resultados pueden verse, por ejemplo, en la versión del corpus que marca gramaticalmente las palabras que en él aparecieron) y un programa (llamado “La horquilla”) que filtra y resume los datos estadísticos y gramaticales de cualquier combinación de palabras existente en la muestra, lo que resulta muy útil cuando éstos son tan abultados que resultan inmanejables. El CEMC y los trabajos derivados de él son únicos en el ámbito hispánico. Están a disposición del público en general, siempre que no sean usados para fines lucrativos, y han servido de base para innumerables tesis de lingüística, psicología, computación, etc. A este corpus, hecho en 1973, lo acompañará, desde este mismo año, uno nuevo, cuyo vocabulario recoge ejemplos de uso producidos entre 1974 y 2016. Como el nuevo CEMC está diseñado

para tener las mismas características básicas que el anterior, permitirá que se hagan comparaciones útiles entre ambos y mostrará una imagen de los cambios ocurridos en el español de México durante los últimos 40 años.

Como se ve, los trabajos del doctor Lara no sólo abarcan los aspectos teóricos de la palabra sino también los cuantitativos. Y hay algo más: una larga investigación sobre la manera en que la lengua se inserta en la historia de los pueblos y sobre la forma en que los pueblos determinan a su vez la historia de sus lenguas. Así, por ejemplo, su *Teoría del diccionario monolingüe* no sólo da cuenta de los orígenes históricos de ese libro tan especial que llamamos *diccionario*, sino que discute la producción misma de diccionarios desde un punto de vista histórico, social y cultural. ¿Qué representa un diccionario para los hablantes de una lengua? ¿Qué cosas lo determinan en cuanto depositario de un “tesoro lingüístico” —o, más ampliamente, cultural? ¿Cómo cambia históricamente, no sólo ya el vocabulario, sino la idea misma del diccionario? ¿Necesitan los diccionarios de la sanción de una Academia de la lengua? A estas preguntas, que abordan el diccionario en cuanto objeto social, se suma otra, acaso más técnica, pero central para la teoría lingüística del doctor Lara: ¿Cómo se construye *socialmente* el signo lingüístico, desde los primeros balbuceos infantiles hasta la formulación de una terminología específica?

¿Cómo se formó el español que hablamos hoy en México y cómo ha evolucionado a lo largo de los siglos? Estas dos últimas preguntas dieron pie a su ya mencionada *Historia mínima de la lengua española*, una obra de verdadera y vasta filología, donde se rozan prácticamente todos los aspectos de la vida de la lengua (y, por ende, de la vida de sus hablantes).

Se entenderá, pues, si digo que la curiosidad de Luis Fernando Lara se extiende por los territorios de la historia y la política, la literatura y las artes, pero también por el de las ciencias duras, el de las blandas y un largo etcétera. Pongo por caso la música. No porque Luis Fernando sea un conocedor en la materia (que lo es), sino porque la música me da pretexto para contar una anécdota, que creo que ya he contado, pero que no sobraré repetir aquí, pues lo muestra de cuerpo entero. Y es que Luis Fernando, siendo aún muy joven, trabajó alguna vez en una casa editora de música. Es cierto que llegó ahí gracias a su conocimiento de las matemáticas —muy útil en el departamento de regalías que lo contrató—, pero también lo es que Carlos Grever —hijo de la inmarcesible María Grever y dueño de la editorial— muy pronto se percató de la amplia cultura musical de Luis Fernando y decidió aprovecharlo como dictaminador musical. Luis Fernando escuchaba la grabación de alguna obra de “música clásica” (es decir, de cualquier pieza que no fuera ni una ranchera, ni un bolero, ni nada por el estilo) y decidía si valía la pena editar su partitura. Hasta donde sé, ninguna de las piezas que oyó pasó la prueba, pues todas eran de esa clase de música que en inglés llaman *muzac* y nosotros tildamos de “música de supermercado”. No importa. El caso es que Grever descubrió entonces que ese joven que *campechaneaba* las cuentas con la crítica musical hablaba además otras lenguas, así que le encomendó una tercera función. Fue así como Luis Fernando terminó haciendo una gira musical, sirviendo de intérprete y traductor a los no menos inmarcesibles Santo & Johnny. (¿Los recuerdan? Santo y Johnny Farina, dos hermanos que en el 65 se adueñaron del primer lugar del *hit parade* mexicano con una versión instrumental de “And I Love Her”, una canción de los Beatles grabada con ese curioso instrumento que nosotros llamamos “guitarra hawaiana”).

Éstos, claro, no son asuntos del *curriculum vitae* de Luis Fernando. Son en cambio cosas de su *vita vitae*. Con esto quiero decir que, siendo parte de su vida laboral, su *curriculum* los omite, como si más bien formaran parte de su vida privada. Entiendo que así se haga, pero me parece injusto con la perspectiva contraria, pues al hablar de la vida privada de Luis Fernando no podemos omitir sus labores como lingüista y maestro. Esto es indicio de que en su caso la frontera entre la vida profesional y la privada es más borrosa que lo normal. Tanto, que a veces no sabe uno de qué lado de la línea está, pues mirando de acá para allá se ve casi lo mismo que mirando de allá para acá. En ambos casos aparece la misma actitud; o, dicho de otro modo, el mismo *carácter*. Sé que esta unidad, esta *integridad*, es algo que se espera de toda persona sensata

y decente, pero no falta el profesor que se deja la generosidad en casa cuando sale a trabajar, ni el que se deja la curiosidad en el portafolios al regresar al “hogar, dulce hogar”, como si estas dos cosas funcionaran por relevos y cada una en su momento. No, Luis Fernando no tiene esos relevos: en su casa o en su cubículo, él siempre está en lo suyo, pues *lo suyo* no se define por el sitio en el que está (por el sitio que ocupa lo suyo) sino por su manera de estar en él (por la manera en que Luis Fernando está en sus cosas —que son casi, casi todas las cosas—). Los que hemos visto el despliegue de su curiosidad —lo mismo por la semántica que por la música, por la literatura que por la topología o la teoría de cuerdas, por los aparejos del pescador y los nombres del pan, o por los mil y un vericuetos de la filosofía y de la historia—; los que hemos visto en acción esa curiosidad —digo— sabemos que no tiene dobleces y que se ejerce como algo franco, integral y sólido, casi palpable: está siempre ahí, a veces frente a sus colegas, a veces frente a sus familiares y amigos, y a veces en la soledad de sólo su conciencia... Pero de alguna extraña manera siempre está ahí *para nosotros*, para todos nosotros, que no sólo aprendemos *de* Luis Fernando sino *con* Luis Fernando. Porque no sólo recibimos de él lo que él mismo nos enseña *ex profeso* (o *ex profesor*, si vale la expresión), sino también lo que él mismo aprende y su forma de aprenderlo. A mí, por ejemplo, siempre me ha dejado boquiabierto todo lo que sabe Luis Fernando, pero lo que más me deslumbra de él es la forma en que lo ha aprendido... y sigue aprendiéndolo. Dejándome ver ese proceso, Luis Fernando no sólo me ha enseñado lo que sabe; sobre todo, me ha enseñado su forma de aprender. Yo nunca he visto a Luis Fernando interesarse por algo que a mí me aburra o me sea indiferente, ni en lo privado ni en lo profesional. Lo que él piensa siempre me da a mí qué pensar. Lo que le importa me importa. Y no me paro mucho a contemplar mi estado cuando lo escucho hablar de esas cosas: me fio de su curiosidad y me fio de su lucidez, pues si algo define bien a Luis Fernando es que no se permite el lujo de no ser lúcido.

Sé que esto puede parecer excesivamente subjetivo. Y seguramente lo es. Pero sólo desde esa subjetividad que roza la intimidad, desde esa frontera donde empieza lo que lo define a uno como uno mismo... Sólo desde ahí puede hacerse justicia a la generosidad de los maestros que nos han formado, porque esa justicia no sabe hacerse sino bajo la forma del agradecimiento. Es lo que dicen a su manera las últimas líneas del prólogo a aquel libro en homenaje suyo que coordinamos María Eugenia y yo, con Klaus Zimmermann: “Las palabras de que tanto se ocupa [Luis Fernando] son algo más que *meras* palabras cuando él habla: son fuente de inspiración para quienes las oyen. Eso es algo que no puede decirse de cualquiera.” Y Luis Fernando nos ha inspirado a muchos muchas cosas, y a muchas cosas, que es lo que venimos a reconocer aquí, haciéndole justicia del único modo posible; o sea, diciendo, simplemente: Gracias, muchas muchas gracias, Luis Fernando. ☞

## Luis Fernando Lara y la crítica de los saberes lingüísticos\*\*

El emeritazgo del profesor Luis Fernando Lara de El Colegio de México no es sólo un acto de celebración: es también una petición, por parte de quienes lo rodeamos, de más faena —por usar un término de la fiesta brava, que tanto le gusta—; porque sus colegas del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios queremos que siga trabajando con nosotros; porque el equipo del *Diccionario del español de México* quiere que Luis Fernando siga nutriéndolo con su experiencia y sus nuevas ideas: quiere seguir creciendo; porque los estudiantes que van y vienen lo necesitan. Todos necesitamos seguir aprendiendo de él.

Son muchos los motivos de esta necesidad, pero comenzaré con la que considero la primordial y no sé si la más urgente: la de los estudiantes. No hace mucho tiempo, un estudiante del doctorado en Lingüística, al estar explorando métodos y teorías para tratar el tema de su trabajo de uno de mis cursos, me expresó un temor: él estaba acostumbrado a trabajar siguiendo “instrucciones” —eso dijo— y en mi clase yo no había dado ninguna. No di recetas; por lo tanto, le resultaba difícil diseñar por su cuenta la forma como habría de trabajar. Desde luego, esto es una falla de mi parte. Sin embargo, la anécdota me llevó a reflexionar un poco más allá de esta omisión y comencé a recorrer en mi memoria si mis cursos cuando estudié el doctorado en Lingüística en El Colegio habían incluido “instrucciones”. No fue así. Ahora que recuerdo, para los trabajos de curso y para mi tesis doctoral yo tuve que diseñar una metodología de investigación. No sólo era otro tipo de formación. En realidad, lo que estaba observando eran distintos modos de hacer lingüística, de hecho, de definirla. O desde otra perspectiva, se trataba de mirar la

lengua con lentes diferentes. Si en otros tiempos —y aún en los actuales— había teorías que empleaban lenguajes formales artificiales para definir las estructuras y los procesos lingüísticos y que muchos, por dejarse hechizar por tales lenguajes formales, dejaban de escuchar la lengua objeto de estudio, veo que, en los tiempos actuales, tal como me comenta Rebeca Barriga, nos enfrentamos a otro elemento que embelesa a algunos estudiosos del lenguaje: las tecnologías digitales. Ambos casos —el hechizo de los lenguajes formales y el embelesamiento ante las bonanzas de las tecnologías digitales— pueden distraernos en las rutas de la investigación lingüística y terminamos corriendo el riesgo de ya no mirar a la lengua y, peor aún, a los hablantes, sino de quedarnos atrapados en la belleza intelectual de un lenguaje formal o de una técnica, sin duda, impresionante. El efecto es el mismo: la des-humanización del dato lingüístico. Grave, porque además de no dar su justo lugar a la base empírica requerida en el método científico, a veces las teorías pasan

de moda, se desechan y se olvidan; y la tecnología siempre termina superándose. Así que, de dejarnos llevar por el canto de las sirenas teóricas y técnicas, corremos el riesgo de no terminar haciendo una lingüística científica. Ni qué decir de la posibilidad de recuperar una lingüística humanística.

Luis Fernando Lara, para fortuna nuestra, es un humanista; lo que no quiere decir que no haya diseñado técnicas para el trabajo científico. Basta con revi-



\* Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios.

\*\* Texto leído el 31 de mayo de 2016, durante la ceremonia en la que El Colegio de México otorgó al doctor Luis Fernando Lara el nombramiento de Profesor Emérito.



sar su último libro publicado, como siempre, por El Colegio de México: *Teoría semántica y método lexicográfico*, una obra que, en realidad, es una revisión de trabajos anteriores. Durante varias décadas Luis Fernando Lara había estado escribiendo cuestiones de métodos y técnicas, sobre todo, para fijar los criterios de la elaboración del *Diccionario del español de México*. En algún punto de su carrera se concentró en cuestiones de teoría lingüística sin nunca dejar de practicar, día con día, hora tras hora, el trabajo, llamémosle, de taller del *Diccionario*. Después, se inmiscuyó más, entre muchas otras cosas, en la historia de la lengua española ¿El resultado? Regresar en este libro de 2016 a los métodos lexicográficos tras esta fructífera trayectoria vivencial con el dato lingüístico y su trayectoria trascendental con la reflexión teórica, siempre con el español, es decir, su lengua de todos los días.

Lo reitero: Luis Fernando Lara no es un lingüista tecnólogo. Su pensamiento es crítico, formado aquí en México, en la UNAM, luego, aquí en el propio Colegio, entre otros, con su querido maestro Juan Miguel Lope Blanch; y en una escuela de corte hermenéutico, ésa tan desarrollada en la Alemania de la segunda mitad del siglo xx donde aprendió de grandes pensadores y romanistas como Klaus Heger y Kurt Baldinger. Sin temor a dudas, puedo decir que la hermenéutica de Luis Fernando Lara no es un método del que acaso reflexione en abstracto, sino un método práctico y experimentado, de hecho, su “forma de vida” como lingüista, tal como lo pone en la mesa Hans-Georg Gadamer. Luis Fernando Lara es un crítico en el sentido filosófico, a partir de su experiencia científica: así

como en la filosofía hay crítica de la razón práctica, me atrevo a decir que Luis Fernando Lara hace crítica de los saberes lingüísticos. En la hermenéutica de Gadamer para las ciencias del espíritu el fin no es una descripción objetivante de los fenómenos sociales, sino un ejercicio sistemático, acumulativo, expansivo de la interpretación intersubjetiva e histórica de los fenómenos humanos. Es explicativo.

Y así es como Luis Fernando Lara ha hecho ese *Diccionario*: recoge palabras, las mira en su contexto, perfila a sus hablantes, las observa en el fenómeno comunicativo, rastrea su historicidad y explica su historia; vive su lengua, su español mexicano, en el vaivén que le exige su conciencia crítica. Crítica, pues, de los saberes lingüísticos. Crítica, también, a sus contemporáneos, sobre todo, al gran teórico del estructuralismo lingüístico europeo, Eugenio Coseriu y de sus discípulos; también al formalismo estadounidense, liderado durante muchos años por Noam Chomsky.

La hermenéutica le da la posibilidad a Luis Fernando de lograr que su pensamiento no pase de moda, porque no es una teoría de técnicas: es una crítica de conocimientos de distintos niveles del saber y del hacer humanos que nos sigue alimentando día con día.

Fortuna para todos nosotros que el emeritazgo de Luis Fernando Lara no sea sólo una ceremonia para celebrar, sino la ocasión para pedirle que siga trabajando con nosotros, para alargar la riqueza con él del diálogo crítico, directo, cara a cara, aquí, en la topografía peripatética de El Colegio de México. **CS**

# *La historia del* Diccionario del español de México\*

Cuando se trata de un diccionario, su historia no se puede desimbricar de la historia de sus autores. María Moliner, Paul Robert —iniciador de la gran tradición lexicográfica francesa de los diccionarios “Robert”— o sir James Murray —quien dedicó toda su vida al *Oxford English Dictionary*— han dejado testimonios de la manera en que la elaboración de sus diccionarios determinó sus propias historias y del modo en que sus propias historias dejaron su huella en los diccionarios. La historia del *Diccionario del español de México* tampoco puede separarse de la vida de sus autores y particularmente de la mía. Por eso le pido al lector que disculpe el entrelazamiento de historia personal e historia del diccionario que advertirá. Corro el riesgo de que piense que tienen una finalidad autocelebratoria, pero espero que lo que cuento lo convenza de que, lejos de eso, mi objetivo es explicar no sólo la manera en que hicimos este diccionario, sino también sus avatares.

Hay veces en que la fortuna, que es una diosa, se junta con la generosidad, que es una virtud. Cuando eso sucede, hay algunos que reciben, inmerecidamente, sus dones. Éste es mi caso y éste es el origen del *Diccionario del español de México* (DEM).

En algún momento de comienzos del año de 1972, don Antonio Carrillo Flores, antiguo secretario de Relaciones Exteriores y de Hacienda, embajador de México en Washington y, en ese entonces, director del Fondo de Cultura Económica, se encontró con el presidente de El Colegio de México, don Víctor L. Urquidí, y le expuso su inquietud, basada en su propia experiencia internacionalista, de que México no tuviera un diccionario propio, que correspondiera a su historia y a su cultura, como si lo tenía Estados Unidos de América en la tradición de los diccionarios de Noah Webster, ese patriota de la época de fundación de su país, continuada por la casa

MerriamWebster, de Massachussets. Don Antonio Carrillo Flores notaba, como muchos mexicanos, hispanoamericanos e incluso españoles, que los diccionarios de la Academia Española no correspondían ni al estado actual de la lengua, ni mucho menos a la manera en que había evolucionado en cada región hispanohablante, arraigándose en sus propias experiencias históricas. De ahí que le preguntara si El Colegio de México sería capaz de emprender la elaboración de un diccionario que, a la larga, se convirtiera en un “Webster mexicano”. Don Víctor, cuya visión del futuro y cuya capacidad para imaginar nuevos ámbitos de investigación impulsaron tantos estudios nuevos en El Colegio, pasó la pregunta a nuestro director del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, mi maestro Antonio Alatorre.

Una tarde pasó Antonio por mi cubículo y me contó aproximadamente la inquietud de don Antonio Carrillo Flores y la pregunta de don Víctor Urquidí: “Dijo Carrillo Flores que si alguno de los ‘genios’ de El Colegio sería capaz de escribir ese diccionario. ¿Tú crees que puedas?”. Me quedé sorprendido, asustado y halagado y, quizá en pocos segundos, con una audacia temeraria, le contesté que creía que sí. Entonces me pidió que escribiera un dictamen, de unas cuantas páginas, acerca de la posibilidad de escribir el diccionario.

La fortuna me había dado cinco profesores que me habían formado y que me habían llevado a tener unas cuantas ideas acerca de la lengua española contemporánea y de su carácter mexicano: Antonio Alatorre y Margit Frenk, cuya concepción abierta y rica de la lengua española y cuya flexibilidad normativa se nos habían transmitido como estudiantes; Juan M. Lope Blanch, hispanista pero no españolista, quien había iniciado los estudios de geografía lingüística y dialectología en México; Klaus Heger, teórico de la semántica y de los primeros en tomar en serio el papel de la cuantificación y de la computación electrónica en lingüística; y Kurt Baldinger, antiguo colaborador de Walther von Wartburg en la elaboración del gran y todavía insuperado diccionario

\* Texto libremente resumido de la “Introducción” al *Diccionario del español de México* (n. del e.).



15 de enero de 1997. Presentación del *Diccionario del español usual en México*. Fuente: Archivo Histórico de El Colegio de México.

etimológico del francés *Französisch Etymologisches Wörterbuch*. Nunca imaginé, cuando cursaba con ellos materias y seminarios, que algún día podría conjuntar sus enseñanzas en la construcción de un nuevo diccionario.

El caso es que escribí el dictamen “Sobre la justificación de un diccionario de la lengua española hablada en México”, exclusivamente como un documento para Antonio Alatorre, don Víctor y don Antonio Carrillo Flores. Pocas semanas después, supe que don Antonio había presentado mi dictamen a la Junta de Gobierno del Fondo de Cultura Económica y que nos invitaba, a Antonio, a Lope Blanch y a mí, a desayunar en su casa de la calle de Texas, en la colonia Nápoles. Una mañana soleada nos presentamos a su casa y, durante un desayuno mexicano, con jugo de naranja, toronja, huevos rancheros, frijoles y café, que me produjo un ataque inmediato de gastritis, debido al nerviosismo que me consumía, don Antonio cedió la palabra a Antonio. Él, a su vez, dándole su lugar a Lope Blanch, se la cedió a éste. Lope Blanch, como lo demuestra su biografía, no se arredra ante grandes empresas y por eso fue capaz de planear, dirigir y llevar a cabo el *Atlas lingüístico de México*; sin embargo, ese día sostuvo que un diccionario mexicano era irrealizable, pues había que tomar en cuenta que la Academia Española, todavía después de 250 años, era incapaz de ofrecernos un diccionario de la calidad del Webster, como lo deseaba Carrillo Flores. Antonio, cuidadosa y gallardamente, sostuvo en su intervención que Lope tenía muy buenos argumentos, pero que se trataba de comenzar una empresa de esa clase y que alguien tendría que hacerlo alguna vez. Finalmente me cedieron la palabra y defendí mi dictamen, temeroso de la reacción de Lope Blanch, cuya capacidad para romper lanzas en cualquier lisa conocía yo bien de mis años de estudiante. También agregué que me era imposible saber cuánto nos tardaríamos, pues la historia de la lexicografía demuestra que todos los autores de diccionarios se han equivocado en sus cálculos, y en la época del presidente Luis Echeverría ya sabíamos que él quería que todas las cosas se hicieran “para ayer”. Don Antonio concluyó el desayuno ofreciéndonos hablar con el presidente de la República para que financiara el proyecto y agregó: “Por mis largos años de

experiencia en el gobierno mexicano, le aseguro que ningún gobierno se atreverá a interrumpir el financiamiento de un trabajo como éste”.

Salimos de la casa de don Antonio y, al llegar a El Colegio, Lope, imperativo, me dijo: “Le invito un café”. En la cafetería de El Colegio, inclinado hacia mí me dijo: “¿Se da usted cuenta del lío en que se ha metido?”. Debo haberle contestado, tartamudeando, que sí.

El presidente Echeverría nos concedió un fideicomiso con capital para cuatro años de trabajo. El Colegio alquiló un departamento enfrente de su edificio, en la calle de Guajuato, y me dediqué a buscar a los colaboradores necesarios. Así se integraron Luz Fernández Gordillo y Carmen Delia Valadez, ambas egresadas también de El Colegio. Se agregaron a ellas dos alumnas mías en el Centro: María Ángeles Soler y Paulette Levy.

Al comienzo tenemos dos problemas centrales: cómo saber cuál era el vocabulario usado en el español de México y cómo reunirlos. La tradición lexicográfica mexicana de García Icazbalceta, Feliz Ramos i Duarte, Francisco J. Santamaría, Marcos E. Becerra y varios más era regionalista y prescriptivista. Es decir, sus diccionarios recogían sólo voces que se considerasen “indigenismos”, “vicios”, “barbarismos” y “solecismos” que se usaran en México y no en España o en otras regiones del mundo hispánico. Era una tradición de registro de voces pintorescas y diferentes de las que aparecían en los diccionarios de la Academia y se seleccionaban precisamente por no estar incluidas en ese diccionario. Muchos de ellos titularon sus diccionarios para destacar lo incorrecto de las voces que contenían, aunque con un gusto casi perverso por ellas: afirmaban la incorrección de nuestros regionalismos, pero gozaban apuntándolos. Así, los diccionarios de mexicanismos se ocupan tradicionalmente de un vocabulario marginal para la Academia y para la idea de la lengua que ésta difunde. He llamado “conciencia del desvío” al modo en que trata el vocabulario la práctica lexicográfica regionalista, que caracteriza a la tradición lexicográfica mexicana y, en general, a la lexicografía hispánica, pues tanto Hispanoamérica como España están de acuerdo en esa concepción, aunque desde sus diferentes posiciones: metropolitana y periférica. En consecuencia, un nuevo diccionario de regionalismos mexicanos, de mexicanismos, no podía responder al reto inicial de escribir un diccionario de la lengua española tal como la usamos los mexicanos, según el modelo de Webster, pues ese diccionario es precisamente un diccionario estadounidense de la lengua inglesa, que se centra en el uso de su país, no un diccionario de regionalismos estadounidenses.

Lo que nosotros queríamos era un diccionario integral del español, basado en el uso mexicano. No, como lo publicó alarmado el ABC de Madrid, para “dar nuestro nuevo grito de independencia”, ahora lingüística, y producir un “cisma de la lengua española”, sino para corresponder a una lengua que, en México, está en el origen de nuestra nacionalidad y de nues-

tra cultura, sin negar la siempre deseada unidad del español y también sin menospreciar la rica actualidad de las lenguas indígenas.

Así que teníamos que construir una base de datos que nos permitiera conocer el uso del vocabulario del español en México. Una base que registrara nuestra manera de hablar, que comparte con España e Hispanoamérica un gran porcentaje de vocablos, pero que tiene sus diferencias en el significado y en el uso, aun en vocablos muy comunes, para darle el reconocimiento que se merece.

Nuestro método de trabajo no podía consistir, como alguien propuso en las primeras reuniones, en repartirnos los folios del último diccionario de la Academia (abreviado *DRAE*) entre los integrantes del grupo, ir marcando qué vocablos conocíamos y apuntando los que nos fueran brotando de la memoria y no estuvieran incluidos en el *DRAE*. De haber actuado así, habríamos logrado un caprichoso acervo de vocablos que sólo por coincidencia corresponderían al uso mexicano.

Necesitábamos, por lo tanto, construir nuestra base de datos de otra manera, que nos garantizara un acervo fidedigno del uso del español en México, sin intervención alguna ni de nuestros propios y limitados conocimientos, ni de nuestras preferencias normativas. Lo mejor sería reunir una gran cantidad de textos y grabaciones para sacar de ellos imparcial y objetivamente, el vocabulario buscado. Pero ¿cuántos, cuáles y cómo? Sería imposible ponernos a leer nosotros mismos todo lo publicado y asequible e ir entresacando de ellos todos sus vocablos, pues entonces de veras 250 años no nos habrían bastado. En cambio, el uso de la computadora electrónica, que ya estaba entronizado en las ciencias naturales y en la administración, nos podía permitir “leer” grandes cantidades de textos sin intervención de nuestros juicios, registrar todas las palabras contenidas en ellos, contar cuántas veces aparecía cada una de ellas y elaborarles una ficha con los contextos en que se presentaran.

Al comenzar el trabajo se formó un Consejo de redacción del diccionario, integrado por Antonio Alatorre, Raúl Ávila, Margit Frenk, Beatriz Garza, Juan M. Lope Blanch y Tomás Segovia, del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, y

Jaime García Terrés, Andrés Henestrosa, Carlos Monsiváis, Tito Monterroso y Gabriel Zaid. La función de ese Consejo consistió en ayudarnos a determinar el tratamiento que recibirían los vocablos, seleccionar una muestra de obras literarias y revisar las primeras redacciones que se fueran produciendo.

Para seleccionar los textos que habrían de conformar el *Corpus del español mexicano contemporáneo* (CEMC), de acuerdo con los métodos de la estadística lingüística, era necesario reunir muestras de toda clase de géneros textuales y hablados, de autor o emisor mexicano, y crear con ellas varias agrupaciones distintas, que permitieran calcular la difusión del uso de cada vocablo (*dispersión*, técnicamente hablando) junto con su frecuencia de aparición. Pero antes de eso teníamos que definir lo que entendíamos por “español mexicano contemporáneo”. La lexicógrafa francesa Josette Rey Debove proponía que se considerara “vocabulario contemporáneo” (correspondiente a una *sincronía práctica*, en términos técnicos) aquel compartido por tres generaciones de hablantes que se comunican entre sí: abuelos, padres e hijos, de acuerdo con la esperanza de vida de cada época. Respecto de 1973, nuestro vocabulario mexicano contemporáneo tendría que corresponder al comienzo del siglo xx, pero hay lugar para sospechar que la Revolución mexicana, entre 1910 y 1921, haya dejado una huella todavía inexplorada en la vida de las palabras, debido a los grandes movimientos de población que provocó la guerra civil y al enfrentamiento cultural e ideológico que estaba en juego. Por eso Carlos Monsiváis propuso que tomáramos como punto de partida de nuestra contemporaneidad tres acontecimientos históricos casi simultáneos: el fin del periodo armado de la Revolución, que asentó la población; la publicación de *Los de abajo* de Mariano Azuela, primera novela del México contemporáneo; y el comienzo de las emisiones radiales de la XEW, principio de la difusión nacional de noticias, costumbres y símbolos ideológicos. Así decidimos tomar en cuenta textos escritos desde 1921 hasta 1974.

En 1973 era todavía raro utilizar la computadora electrónica en la investigación lingüística. La máquina se utilizaba



sobre todo para hacer comparaciones entre listas de palabras, lo que nos planteaba la cuestión de la lista que habría de servirnos de referencia para el reconocimiento de las palabras del corpus. La práctica de esa época en Francia, en Italia, en Estados Unidos de América consistía en tomar un diccionario y cotejar con él las palabras de los corpus. En nuestro caso eso habría significado tomar el *DRAE* como referencia y reconocer nuestro vocabulario en relación con él. ¿Qué pasaría con vocablos nuestros que el *DRAE* no contuviera? Que no los reconocería y, además, significaba seguir tomando como marco de referencia el diccionario académico. Por eso opté por hacer nuestro propio sistema de análisis automático de las palabras basado en sus propiedades morfológicas y de distribución sintáctica en los textos. Pasamos cerca de un año elaborando el *Analizador gramatical automático del DEM*, que resultó ser el primer trabajo de esta clase en lengua española y el único —incluso hasta ahora— basado en reglas morfológicas y sintácticas. El *Analizador* significó para la matemática Isabel García Hidalgo el Premio Dr. Arturo Rosenblueth a Sistemas de Cómputo en 1981.

Para finales de 1976 nuestro *Corpus* estaba analizado. Habíamos obtenido 1 891 045 palabras gráficas, que se redujeron a 64 183 diferentes. El CEMC fue el primer corpus de datos lingüísticos de la lengua española elaborado con la ayuda de una computadora electrónica. Junto con el *Analizador*, fue una primicia en la investigación contemporánea del español. La experiencia del *Corpus* confirmaba todas las predicciones de los estadígrafos que nos precedieron. Se terminaba el primer plazo del fideicomiso y el gobierno federal lo amplió por otros cuatro años.

Al reconocimiento automático de las palabras agregamos un sistema de cálculo de la frecuencia de aparición de cada palabra, tanto en cada género, por ejemplo, cuántas veces aparece la palabra *parámetro* en los textos científicos y técnicos, como en todo el CEMC. Ha sido este índice el que nos guía en la incorporación de vocablos al diccionario. Fue el estadígrafo Roberto Ham Chande el autor de ese sistema de análisis cuantitativo que, hasta la fecha, no ha sido superado internacionalmente.

Por último, el análisis del CEMC nos dio grandes listados de datos cuantitativos de todas las palabras encontradas y un gran conjunto de *concordancias*, es decir, para cada palabra, una lista de todos los contextos en que apareció en el *Corpus*. Armados con esos resultados, podíamos comenzar el análisis cualitativo y después la redacción del diccionario.

Comenzamos el análisis de los vocablos que nos proporcionó el CEMC entre 1976 y 1977. Cuando El Colegio de México se mudó al Pedregal de Santa Teresa, el equipo de trabajo ya había comenzado la tarea. Una parte del equipo se concentró en la documentación de los vocablos, junto con los resultados cuantitativos y las concordancias: la materia prima. Tomamos en cuenta todos los estudios particulares y todos los diccionarios mexicanos de regionalismos que pudi-

mos encontrar. Formamos un grupo de “diccionarios testigo”, a base de trece obras —presididas por el *DRAE*— tanto integrales como de regionalismos —por ejemplo, el *Diccionario de mejicanismos* de Francisco J. Santamaría—, que nos sirvieron para verificar ortografías y acepciones, fundamentalmente, pero también para contrastar sus definiciones con las que nosotros mismos íbamos redactando. Otra parte del grupo se dedicó al análisis y la redacción.

El *DEM* es un diccionario original; es decir, no refunde textos de obras anteriores, sino que se basa en análisis nuevos e independientes de cada vocablo y sus significados. Para lograrlo seguimos el siguiente procedimiento: cada lexicógrafo debe analizar el vocablo sin tomar en cuenta estudios y diccionarios anteriores, basándose exclusivamente en los datos del CEMC y su propio conocimiento de la lengua; el primer producto de ese análisis es un borrador de la estructura de cada *artículo lexicográfico* (es decir, de cada texto presidido por una *entrada* en el diccionario, seguido por las abreviaturas de categoría gramatical, flexión y conjugación, y una serie de *acepciones* ordenadas, seguidas la mayor parte de las veces por *ejemplos* sacados de los textos del CEMC y por ejemplos de los usos habituales de las palabras, *colocaciones*, técnicamente hablando). Una vez escrito ese borrador, se enriquece con la lectura de obras especializadas de los temas en que suele utilizarse la palabra y después se contrasta con los “diccionarios testigo”, se corrige y se refina. Terminada esa primera redacción, pasa a un revisor, que repite el procedimiento como si el primero no hubiera existido y luego confronta su trabajo con el anterior.

Para 1979 el equipo del *DEM* estaba en plena actividad. No sólo avanzábamos en la redacción, sino que habíamos abierto varios campos de investigación que hasta entonces eran desconocidos en México. Además de mantener activo nuestro *Analizador*, que deseábamos poder mejorar (un interés de investigación, ligado a la vez al desarrollo de la gramática formal y de la lingüística computacional), María Pozzi elaboró un sistema reductor de concordancias, la llamada “Horquilla”, que tenía la función de revisar automáticamente las concordancias de vocablos de alta frecuencia para seleccionar sólo las que nos mostraran patrones sintácticos diferentes, pero garantizando, a la vez, que no perdiéramos información. Un trabajo así contribuía a reducir el tiempo de análisis por parte de los redactores. Nuestro contacto con los vocabularios especializados de las ciencias y de las técnicas nos llevó a hacer los primeros estudios de terminología del español en México y a tratar de difundir el interés por ese nuevo campo de la lingüística aplicada en el país. Igualmente, los resultados cuantitativos nos permitían ofrecer datos interesantes para audiólogos, psicólogos, neurólogos y maestros de escuela, interesados por conocer el vocabulario fundamental del español de México y sus características fonológicas y silábicas.

En 1980 estalló un serio conflicto laboral en El Colegio. No sólo por el tiempo perdido mientras las instalaciones es-



tuvieron cerradas, sino también por el enfrentamiento que se produjo entre el personal académico de El Colegio, nuestro trabajo se vio reducido y, hasta cierto punto, puesto injustamente en tela de juicio. Remontar ese daño implicó mucho esfuerzo, tanto colectivo como personal, durante varios de los años siguientes.

El país se acercaba al final del gobierno de José López Portillo, a la gran crisis económica, a la derrota presidencial a cargo de los especuladores y al comienzo del derrumbamiento del sistema político resultante de la Revolución. El presidente de la República formó la “Comisión Nacional para la Defensa del Idioma Español” y muy pronto el secretario de Educación, Fernando Solana, nos pidió que colaboráramos con ella, dándole, en el plazo de un año, un pequeño diccionario para uso de la escuela elemental.

Como todos los diccionarios, nosotros habíamos comenzado por el principio del abecedario: de la letra *A* pasaríamos a la *B* y así sucesivamente. Para poder entregar en un año un pequeño diccionario con esas características teníamos que suspender ese orden y, sobre todo, seleccionar los vocablos que debieran constituir el *Diccionario fundamental del español de México*. Así que opté por tomar el vocabulario fundamental, que habíamos sacado de nuestro estudio cuantitativo, y agregarle el vocabulario temático de los libros de texto gratuitos vigentes en esa época. Para reunir este último vocabulario, el equipo se dedicó a leer esos libros y a entresacar el vocabulario, pues no podíamos esperar a que todos ellos pasaran por el proceso de perforación en tarjetas. Es decir que, después de seguir un proceso lineal en la redacción, pasamos a otro de ampliación concéntrica, en el que se recorría el abecedario de la *A* a la *Z* dentro de unos límites fijados cada vez por el estudio cuantitativo. La Comisión del español, con el Fondo de Cultura Económica, publicó ese mínimo diccionario a mediados de 1982. Gabriel Zaid lo reseñó, justamente, en un artículo cuyo título, juguetón, era: “Jitomate, solanácea” (*Vuelta* 77, 1983), como un trabajo fallido a causa de la premura impuesta por la Comisión.

Pero la petición de Fernando Solana tuvo dos buenos efectos sobre nosotros: primero, fue una especie de examen para comprobar que estábamos trabajando; segundo, nos ayudó a

consolidar finalmente una práctica y un estilo de la redacción guiados por criterios claros.

Como decía al principio, todos los autores de diccionarios se han equivocado al calcular el tiempo que les toma terminar un diccionario. En ocho años de trabajo, habíamos completado una investigación muy valiosa del español de México, tanto para nosotros como, en general, para la lingüística hispánica; habíamos construido con éxito el primer sistema de análisis automático del español; habíamos ideado un sistema de cálculo cuantitativo que eliminaba la subjetividad en la selección de vocablos para el diccionario; pero habíamos terminado solamente un pequeño diccionario de 2 500 artículos. Sin embargo, al ver plasmados en el *Diccionario fundamental* una idea clara del diccionario que queríamos hacer, un estilo de la redacción y un resultado que se comentó críticamente, me pareció que era más conveniente abandonar el proceso lineal de redacción y que continuáramos con procesos de ampliación concéntrica de nuestros diccionarios, que nos permitieran ofrecer novedades al público y a nuestras autoridades en plazos menores. Así fue como compusimos el *Diccionario básico del español de México*, publicado en 1986, con base en el diccionario anterior y en el vocabulario utilizado en la educación secundaria. Así llegamos a 7 000 vocablos. Uno y otro de esos dos primeros y pequeños diccionarios pasaron por la revisión del Consejo Nacional Técnico de la Educación, que hizo comentarios sobre su contenido y nos solicitó adecuar varios de sus textos a las necesidades del alumno de escuela primaria y secundaria.

Al terminar 1982, cuando el presidente López Portillo cedió la cúspide del poder político a los administradores, se dio por terminado el fideicomiso y el trabajo quedó totalmente a cargo de El Colegio de México.

El equipo lexicográfico había comenzado a reducirse a raíz del conflicto laboral de 1980. A partir de entonces, con la práctica bien consolidada y unos colaboradores que llevaban ya años de trabajar juntos, el análisis y la redacción siguieron avanzando. El grupo nuclear quedó formado por Luz Fernández Gordillo, Francisco Segovia, Laura Sosa, Carmen Delia Valadez y Carlos Villanueva (más tarde se incorpo-

ró el documentalista Gilberto Anguiano). En promedio, un redactor termina tres artículos lexicográficos por jornada de trabajo. Ha habido artículos que han llegado a costar hasta un mes de trabajo, debido a la complejidad de los significados y los usos de las palabras. Una de las características de la lexicografía, que generalmente se toma en cuenta sólo como anécdota, pero que incide profundamente en el trabajo es que, al hacer el análisis semántico de la propia lengua se produce un fenómeno psicológico notable: la necesidad de objetivar el vocablo en estudio para poder notar todos los elementos que contribuyen a la formación de su significado conduce a una enajenación total de la lengua, que se traduce en una inquietante opacidad, que impide continuar el análisis por varias horas; tiene uno que dejar pasar cierto tiempo, distrayéndose con otra actividad, para recuperar el sentido de la lengua y poder terminar el análisis y la redacción. La lexicografía es una dedicación de 24 horas diarias, pues la mente sigue trabajando las dificultades que plantea el significado de cada palabra incluso durante el sueño. Esa peculiaridad y el tiempo que debe uno ceder al proceso personal de recuperación del significado es, probablemente, uno de los motivos para que la redacción de un diccionario tome tanto tiempo.

El siguiente paso, a partir de 1986, consistió en prolongar el procedimiento de ampliación concéntrica de la redacción, tomando como nuevo objetivo terminar un *Diccionario del español usual en México (DEUM 1)*, formado por todos los vocablos que tuvieran una frecuencia mínima de diez apariciones en el CEMC. Escogimos esa cuota mínima porque nos garantiza que el vocabulario que cumple con ella es verdaderamente usual. El *DEUM 1* se publicó en 1996 y fue muy bien recibido tanto en México como en el extranjero. En vista del éxito del *DEUM 1* y para poder seguir ofreciendo, sobre todo a los estudiantes, un diccionario en un solo tomo y relativamente fácil de manejar, pusimos en circulación una segunda edición, corregida y aumentada con vocablos cuya frecuencia mínima en el CEMC fuera de ocho apariciones; ése es el *DEUM 2*, que ahora circula.

Una enseñanza notable de nuestro estudio cuantitativo, que se hizo patente al reflexionar acerca de los vocablos cuya frecuencia fue menor de diez y mayor o igual a ocho en el CEMC es que existe un núcleo léxico de nuestro español cercano a los 15 000 vocablos, que es el que constituye el “español mexicano nacional”, es decir, el que se utiliza en todo el país, sin distinción de regiones y de correlaciones exclusivas con grupos sociales determinados.

En estas condiciones, lo que podemos afirmar, tanto para las dos versiones del *DEUM* como para el *DEM*, es que garantizamos que todo el vocabulario contenido en ellos se usa o se ha usado en el español mexicano del siglo xx y principios del xxi. También, que no incluye *todo* el vocabulario del español de México, pero que los faltantes que encuentre cada uno de sus lectores no obedecen a ninguna exclusión normativa o prescriptiva, como nos tenía acostumbrados la tradición lexi-

gráfica española (pues la Real Academia parece estar cambiando). Es decir, la ausencia de un vocablo en el diccionario no quiere decir, ni que “no exista”, ni que “no lo aceptemos”.

Si el *DEM* gana alguna autoridad, algún ascendente en los juicios normativos que cada persona haga sobre su vocabulario, será resultado de su fidelidad al español de México, a los ricos matices que adquiere el significado de nuestras palabras, a los usos que hemos podido comprobar. Lo que queremos, como hemos dicho desde nuestra primera publicación, es devolver a los hispanohablantes mexicanos el vocabulario de su propia lengua, tal como se usa, para que lo conozcan y aprecien mejor. En cuanto a la gran comunidad hispanohablante, en América, Europa, Asia y África, lo que le ofrece el *DEM* es un vocabulario de uso mexicano que hace evidente la unidad de la lengua por la que tanto nos hemos esforzado desde la época de nuestras independencias, a la vez que muestra la riqueza derivada de un español arraigado en la experiencia histórica de México, seguramente semejante a la variedad que se encuentra en los otros veintiún países que forman la comunidad hispánica, y que históricamente ha sido soslayada por el centralismo académico y la idea de la lengua a que ha dado lugar.

Este diccionario es el comienzo de una empresa que debe perdurar. Estamos lejos de haber creado un diccionario semejante, en tamaño, a los afamados MerriamWebster, pero creemos que hemos echado los cimientos y el primer piso de una gran construcción.

Nos hemos tardado treinta y siete años en elaborar el diccionario. Para nosotros, sus autores, es el plazo completo de nuestra vida profesional. Hemos visto nacer a nuestros hijos y, algunos de nosotros, a nuestros nietos. Una de las experiencias peculiares que ofrece la lexicografía es precisamente la de la vivencia diferente del tiempo: empeñados a diario en unas cuantas palabras, no miramos hacia la finalización del trabajo, como la hormiga no calcula el tamaño final del agujero que excava para hacer su hormiguero; se trabaja y se teje a diario y, como Penélope, se desteje por las noches para llegar al día siguiente a corregir los textos producidos el día anterior. El tiempo que nos rige es el tiempo calendárico, el tiempo público, pero el tiempo en que está inmersa la construcción de un diccionario es el de la propia vida, de su acontecer diario; quizá esta experiencia se acerque más a la de los antiguos constructores de pirámides, para quienes el tiempo de su vida se diluía en el tiempo cósmico y su propia historia en la de la obra terminada, que a la que fuerzan los plazos y los calendarios administrativos. Ojalá que el público mexicano así lo comprenda, y sea benévolo, aunque crítico, con nuestro trabajo. Como dice el viejo dicho latino: “Lo perfecto es enemigo de lo bueno”; hemos tratado de escribir un buen diccionario, que dista de ser perfecto. Como la “materia oscura”, que la cosmología contemporánea juzga existir en el universo y ser mucho mayor que el universo que vemos, lo que falta recoger en nuestro diccionario es mayor que lo que ofrecemos, pero había que comenzar a hacerlo. 

# La lingüística, ¿otra historia?\*

Permítanme comenzar recordando la admiración que sentía mi padre por El Colegio Nacional. Quizá sus estudios preparatorios en el Instituto Científico y Literario de Pachuca, creado dos décadas antes por Benito Juárez, o quizá su formación médica en la Escuela Nacional de Medicina, a principios del novecientos, lo hicieron librepensador y juarista, afín a la ciencia aunque no positivista, sino revolucionario y luchador social, admirador por igual de Manuel Sandoval Vallarta y de Alfonso Reyes; quizá por esa trayectoria vio a El Colegio Nacional como una cristalización de lo que más amaba de México. Por los motivos que hayan sido, desde niño me transmitió su admiración por El Colegio Nacional. Por eso llegar hoy aquí, verme en este momento y en este sitio, me llena de agradecimiento, de satisfacción y de emoción profunda, como si estuviera cumpliendo un sueño secreto de mi padre o una promesa imposible. Señores miembros de El Colegio Nacional: les agradezco sinceramente haberme considerado digno de acompañarlos en esta institución, asociación de los más destacados científicos, humanistas y artistas de México y ejemplo de una generosidad intelectual y una concepción de la cultura que caracterizaron a México del siglo xx y que hay que mantener en este siglo xxi.

\*\*\*\*\*

¿Qué es lo que nos hace lingüistas, lo que constituye a la ciencia del lenguaje, lo que crea su objeto, como lo expresaba el fundador de la lingüística moderna, Ferdinand de Saussure? ¿Qué distingue a la lingüística de las otras disciplinas del pensamiento y de la ciencia que toman por objeto el hablar y el escribir, y que efectivamente nos dan comprensión y conocimiento de este fenómeno característico y propio de los seres humanos, como la filosofía, la filología, la lógica, la psicología,

el psicoanálisis, la neurología, la audiología y aun, contemporáneamente, la llamada “ciencia cognitiva” y la tecnología de los lenguajes artificiales?

Pues el hablar y la perplejidad que ha producido esta facultad en los seres humanos antecede por muchos siglos a la aparición de la ciencia del lenguaje como tal. La lingüística es una ciencia relativamente joven. No era lingüística propiamente hablando la exploración lógica de las partes de la oración y de la predicación en *De la interpretación* de Aristóteles, la enigmática relación entre las palabras y las cosas en el *Cratilo* de Platón, ni la gramática griega de Asclepiades de Mirlea, entre el 150 y 50 antes de Cristo, la romana de Varrón hacia el año 26 antes de nuestra era o la *Institutio Grammaticae* de Prisciano hacia el siglo vi; tampoco la *Ars maior* de Donato o los *Principia Dialecticae* de San Agustín; no lo eran las *Etimologías* de San Isidoro de Sevilla o la discusión de los *modi significandi* en la gramática especulativa del siglo xiii. A pesar del valor que tienen hoy para nosotros la *Gramática de la lengua castellana* —primera de las lenguas europeas modernas— de Antonio de Nebrija, sus vocabularios latino-español y español-latino, y la catarata de gramáticas y diccionarios de nuestras lenguas aborígenes a que dieron lugar esas obras nebrisenses, tampoco revelan una concepción del lenguaje como la que tenemos ahora. No es que podamos prescindir de esa larga lista de reflexiones y de obras dedicadas al lenguaje y a las lenguas o que las podamos desestimar. No habría lingüística verdadera sin ese pasado y sin las enseñanzas que todavía siguen ofreciéndonos, pues la mayoría toca, apunta o trata temas permanentes de la investigación lingüística; temas permanentes de la perplejidad que nos causan la facultad de hablar y la diversidad de las lenguas.

La capacidad de hablar o la facultad del lenguaje y la multitud de las lenguas del mundo han sido siempre tal motivo de asombro para los pueblos de la Tierra que han dado lugar a mitos. No es, sin embargo, del *Génesis*, sino del *Evangelio*

\* Discurso de ingreso del doctor Luis Fernando Lara a El Colegio Nacional, pronunciado el 5 de marzo de 2007.



Luis Fernando Lara durante la ceremonia de su ingreso a El Colegio Nacional.

de *San Juan*, ese multicitado primer verso: “Al principio era el Verbo”, muchas veces traducido también como “En el principio era la Palabra”. La exégesis bíblica explica ese verso atribuyendo al Verbo, a la Palabra, el Logos, la sabiduría eterna de Dios. Palabra y sabiduría o sabiduría y palabra son dos manifestaciones de la misma significación. El *Génesis*, en cambio, no parece dar la misma dimensión a la aparición de la palabra o de la lengua, tan misteriosa la de Dios como la del primer Hombre. Cuando dice: “Y Yavé Dios trajo ante el hombre todos cuantos animales del campo y cuantas aves del cielo formó de la tierra, para que viese cómo los llamaría, y fuese el nombre de todos los vivientes el que él les diera” (2.19), da por sentado que Adán tenía una lengua, pero no dice que fuera la lengua de Dios, ni su Palabra. Sólo versos más tarde agrega el *Génesis* lo que más parece una descripción (11.1): “Era la tierra toda de una sola lengua y de unas mismas palabras”.

Poco más adelante el libro del *Génesis* relata el Diluvio, la descendencia de Noé y la cantidad de pueblos y lenguas que se formaron después. Sin embargo, parece contradecirse cuando cuenta cómo “Bajó Yavé a ver la ciudad y la torre que estaban haciendo los hijos de los hombres y se dijo: ‘He aquí un pueblo uno, pues tienen todos una lengua sola. Se han propuesto [construir una ciudad y una torre] y nada les impedirá llevarlo a cabo. Bajemos, pues, y confundamos su lengua, de modo que no se entiendan unos a otros. Y los dispersó Yavé por toda la haz de la tierra y así cesaron de edificar la ciudad. Por eso se llamó Babel, porque allí confundió Yavé la lengua de la tierra toda.” (11.5-9). Para toda la tradición judeo-cristiana desde la Antigüedad hasta el siglo xvii esos dos relatos bíblicos: el de la lengua con que Adán nombró por primera vez las cosas, la lengua primigenia de la humanidad, la *Ursprache*, y el de la confusión de las lenguas en Babel fueron, más que mitos, enigmas que había que resolver y que dieron impulso a los muchos

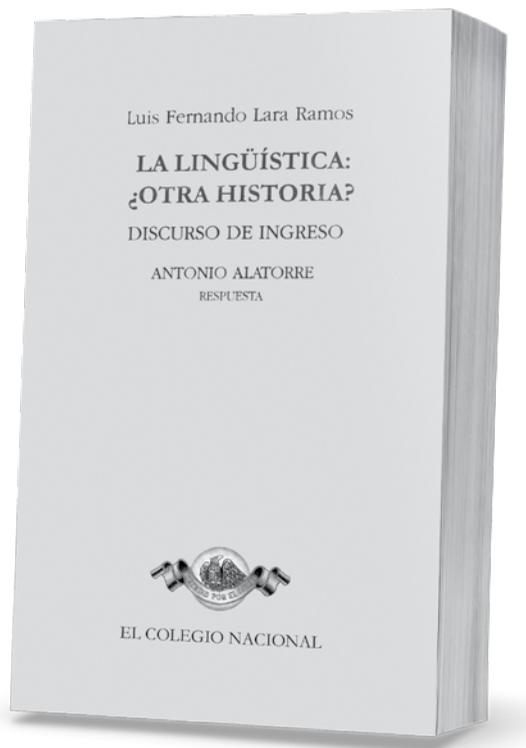
intentos a lo largo de los siglos por encontrar la lengua primigenia y por superar la diversidad lingüística, entendida como efecto de la confusión de Babel.

Ambos mitos serían para nosotros meramente interesantes, como los de los bororo del Amazonas o de los dorzé de Etiopía; serían objetos de una etnología propia de especialistas, si no fuera porque ambos manifiestan dos cuestiones que determinaron en buena medida la historia del pensamiento acerca del lenguaje y siguen estando en el horizonte de las preguntas populares, incluso en el de algunas investigaciones de la lingüística contemporánea y en el sustrato ideológico de algunas políticas del lenguaje y de la comunicación en el mundo actual.

Pues desde la Antigüedad se ha creído que el valor central de la lengua primigenia estriba en que Adán, en ese primer momento de la humanidad, comprendió la naturaleza de las cosas y les asignó nombres correspondientes a ella; es decir que los nombres de las cosas del mundo, en esa lengua primigenia, formaban parte de su naturaleza, o revelaban su esencia. No otra cosa es lo que discute Sócrates con sus interlocutores Hermógenes y Cratilo, mucho tiempo antes de que el *Génesis* hebreo se difundiera por el mundo mediterráneo.

Saber los *verdaderos* nombres de las cosas; descifrar el enigma que plantean los nombres diferentes de las mismas cosas en las lenguas existentes; lograr que a cada cosa correspondiera su propio nombre; lograr que la humanidad supere la confusión de Babel. Deseos todos ellos que podemos encontrar manifiestos en la especulación infantil, en los esfuerzos contemporáneos de la terminología internacional del ingeniero austriaco Eugen Wüster —que guían a la *Organización Internacional de Estándares*—, y en la búsqueda de aquella lengua que pueda servir eficazmente y sin conflicto a la comunicación internacional, sea el *Esperanto* del ruso Ludwik Zamenhoff (1887) o una de las varias decenas que se han propuesto desde el siglo xix, como el *Volapük*, de Johann Martin Schleyer (1879), la *Langue Universelle* de Menet (1886), el *Veltparl* de von Arnim (1896), o en todo caso el inglés contemporáneo e incluso la terapia semántica que diseminó Alfred Korzybski entre los militares estadounidenses bajo el nombre de “Semántica general” durante la Segunda Guerra Mundial.

Los intentos antiguos por encontrar la lengua primigenia dieron lugar a curiosas genealogías sobre todo a partir del siglo xvi, en que comenzó una verdadera puja por retrotraer las lenguas europeas modernas a sus supuestos orígenes postdiluvianos. El vasco o el flamenco serían las verdaderas lenguas primigenias de la humanidad, como lo ansiaban, más que argumentaban, Pedro Pablo Astarloa (1803) y el barón de Ryckholt (1868); el toscano derivaría del etrusco y éste directamente del arameo de Noé, según Giovanni Battista Gelli, en el siglo xvi; para Guillaume Postel (1551), el celta procedería también, por supuesto, de Noé directamente; el castellano sería una de las 72 lenguas postbabélicas, descen-



diente de Tubal, hijo de Jafet. Pero cuando esa práctica genealógica se encontró con el sánscrito de la India y William Jones logró después de 1786 que los filólogos europeos cayeran en la cuenta de que hay relaciones comprobables entre esa lengua, el latín y el griego, se dieron los primeros pasos para construir una ciencia del lenguaje basada en datos y con un método que iría evolucionando rápidamente a lo largo del siglo XIX: el de la llamada “lingüística comparada” de August Schleicher y Franz Bopp, pronto convertida en “lingüística histórica”, en cuya culminación aparecieron los *Jóvenes Gramáticos* (o *Neogramáticos*, en la versión italiana de Ascoli que pasó a las lenguas romances): Brugmann, Leskien, Osthoff y Ferdinand de Saussure como un retoño ginebrino de la Universidad de Leipzig.

El mito de la lengua primigenia dio lugar a otras leyendas terribles, como la de Psamético, que según Herodoto entregó a un pastor dos niños recién nacidos, para que los criara sin pronunciar ante ellos una sola palabra, y en esas circunstancias, cuando ellos hablaran naturalmente, se manifestara la primera lengua de la humanidad; lo mismo relata Salimbene de Parma a propósito de Federico II Hohenstaufen, cuyo esfuerzo resultó vano, pues todos los niños así sometidos terminaban por morir. Esta última observación de Salimbene

no deja de tener su importancia real, si consideramos los muchos casos de niños privados de todo contacto humano que se siguen descubriendo en muchos lugares, aunque no se den a conocer en la prensa, a los que, por ser ilegítimos o, en general, por vergüenza, pavor e ignorancia de sus madres, se aísla totalmente; junto con las deficiencias orgánicas y psicológicas que sufren por esa causa, la facultad de hablar se embota y terminan por morir. Hasta se podría decir que la adquisición de la lengua materna constituye el último estado de la hominización. Son versiones literarias y cinematográficas de esos llamados “niños lobo” o “niños salvajes” los casos de Kaspar Hauser y el “Enfant sauvage” de Truffaut.

Más allá de la genealogía que llamaría “heroica” de las lenguas (pues no se basaba en datos reales y sólo buscaba encontrar una continuidad entre los pueblos recogidos por la Biblia y los pueblos históricos, para tomarla como timbre de legitimidad) y más allá de la búsqueda de la lengua primigenia, el sueño humano de que los signos de las lenguas —al menos del hebreo, del griego y del latín— revelen la verdadera naturaleza de las cosas o, al menos, que haya lenguas cuyos signos resulten apropiados a lo que nombran, ha sido uno de los temas centrales del pensamiento acerca del lenguaje. Pues siendo los signos de las lenguas partícipes de la naturaleza de lo que mientan o si se encuentra la manera de asegurar su propiedad, el conocimiento no puede errar. Según Michel Foucault, en *Las palabras y las cosas*, la idea de que las palabras participan de la naturaleza de lo que nombran es la que preside la “episteme” del pensamiento sobre el lenguaje hasta el siglo XVI: “Pero Dios, a fin de ejercitar nuestra sabiduría, ha sembrado la naturaleza sólo de figuras que hay que descifrar (en este sentido, el conocimiento debe ser *divinatio*), en tanto que los antiguos dieron ya interpretaciones que sólo tenemos que recoger” (Cap. II. § 3, p. 41). No es raro que esta idea haya fomentado el interés por la Cábala y los varios métodos de desciframiento que aparecieron entonces, orientados a la adivinación; a la vez se forma una primera filología, que para encontrar la verdad se vuelve erudita y nutre de erudición sus comentarios de los textos antiguos. El texto antiguo oculta esa verdad, pero lo que dice es seguramente verdadero y la tarea de la filología del XVI es allegarnos la colección de comentarios autorizados a esos textos para poder escrutarla.

Se pregunta uno cómo fue posible que en la misma época empezaran a multiplicarse las gramáticas de las lenguas, con sus partes de la oración a la manera latina y su reconocimiento del modo de ser de los signos de cada lengua. Ya en el XV, don Enrique de Villena introdujo su *Arte de trovar* con un estudio de las grafías y de las pronunciaciones del castellano; Nebrija y después, sobre todo, los misioneros españoles en América se plantean descripciones de las lenguas, que parecen contradecir las características de la episteme propuesta por Foucault. Quizá se deba a que las gramáticas correspondían a otra clase de intereses, eminentemen-

bras y las cosas en el *Cratilo* de Platón, ni la gramática griega de Asclepiades de Mirlea, entre el 150 y el 50 antes de Cristo, la romana de Varrón hacia el año 26 antes de nuestra era o la *Institutio Grammaticae* de Prisciano hacia el siglo vi; tampoco la *Ars maior* de Donato o los *Principia Dialecticae* de San Agustín; no lo eran las *Etimologías* de San Isidoro de Sevilla o la discusión de los *modi significandi* en la

lo que crea su objeto, como lo expresaba el fundador de la lingüística moderna, Ferdinand de Saussure? ¿Qué distingue a la lingüística de las otras disciplinas del pensamiento y de la ciencia que toman por objeto el hablar y el escribir, y que efectivamente nos dan comprensión y conocimiento de este fenómeno característico y propio de los seres humanos, como la filosofía, la filología. la *lóica*...

vio a El Colegio Nacional como una cristalización de lo que más amaba de México. Por los motivos que hayan sido, desde niño me transmitió su admiración por El Colegio Nacional. Por eso llegar hoy aquí, verme en este momento y en este sitio, me llena de agradecimiento, de satisfacción y de emoción profunda, como si estuviera cumpliendo un sueño secreto de mi padre o una promesa imposible. Señores miembros de El Colegio Nacional: les agradezco sinceramente haberme considerado digno de acompañarlos en esta institución, asociación de los más destacados científicos, humanistas y artistas de México. Ejemplo de una generosidad intelectual...

Permítanme comenzar recordando la admiración que sentía mi padre por El Colegio Nacional. Quizá sus estudios preparatorios en el Instituto Científico y Literario de Pachuca, creado dos décadas antes por Benito Juárez, o quizá su formación médica en la Escuela Nacional de Medicina, a principios del novecientos, lo hicieron librepensador y juarista, afín a la ciencia aunque no positivista, sino revolucionario y luchador social, admirador por igual de Manuel Sandoval Vallarta y de Alfonso Reyes; quizá por esa trayectoria

te prácticos, que no resultaban pertinentes para el núcleo filosófico-religioso del pensamiento acerca del lenguaje. Las gramáticas eran solamente artes de hablar y escribir correctamente una lengua, para conservarla y para que no se perdiera en una evolución sólo comprendida como corrupción. Había que *reducir* las lenguas —como lo expresaba Nebrija— a la gramática. En América, las gramáticas eran meros instrumentos de la evangelización; que hoy las entendamos como descripciones —valiosas, pertinentes, históricas— es producto de la mirada lingüística moderna. La incorporación de la gramática a la lingüística, por eso, sólo se producirá después de quitarle su carácter prescriptivo en el siglo xx.

Piensa Foucault que el siglo xvii, por él llamado, desde Francia, “la época clásica”, se caracteriza por reconocer que la relación entre las palabras y las cosas no es de participación sino de *representación*: es decir, que los signos no cifran la naturaleza de lo que nombran, sino que sólo lo representan; sí, pero el problema era entonces definir cómo se establece esa representación. Sostiene Foucault que esa definición se hacía no explorando las características de la representación —algo que sólo llegará con la teoría del signo de Saussure— sino esforzándose por construir un lenguaje bien ordenado, congruente, de signos a los que se atribuyeran características de las cosas de una manera racional y bien controlada; un lenguaje apriorístico impuesto a la realidad. A esa otra “episteme” deberemos la profusa invención de lenguajes cuyo sentido estriba en la búsqueda de una perfecta adecuación entre el objeto y su nombre. El libro *La búsqueda de la lengua perfecta* de Umberto Eco nos ofrece una nutrida documentación de esos esfuerzos. Entre ellos vale destacar la “característica universalis” de Leibniz, un lenguaje científico cuyos signos pudieran hacerse corresponder, uno a uno, con las características de un exhaustivo catálogo de objetos, y cuyas expresiones fueran cálculos obtenidos mediante aquellos signos, con lo que el conocimiento podría llevar a cabo plenamente la representación de sus objetos de conocimiento y revelar su verdad. A esa misma búsqueda corresponde el afán enciclopédico y clasificatorio de los objetos del mundo, que se manifiesta, por ejemplo, en Linneo, y que también se ve en los grandes catálogos de lenguas del xviii, como el *Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas y numeración, división y clases de éstas, según la diversidad de sus idiomas y dialectos*, de Lorenzo Hervás y Panduro (1786), o el *Mithridates* de Christian Adelung (1806). Sólo que los catálogos de Hervás y de Adelung logran también que el interés por la diversidad lingüística comience a separarse de los mitos fundadores y a acercarse a un espíritu taxonómico propio de la botánica o de la mineralogía.

Desde esa época, y en especial desde que se difunde la hermenéutica protestante de Friedrich Schleiermacher, la filología deja tras ella la mera colección de comentarios a los textos sagrados y a los antiguos para adquirir su primera conciencia crítica, con lo que contribuye a abandonar la atemporalidad con que se planteaban todas las preguntas acerca del lenguaje

y reconoce en el texto su espesor histórico y problemático. Filología, hermenéutica e interés por la diversidad de las lenguas forman entonces el núcleo de una primera lingüística que podemos llamar “romántica”, en el sentido histórico de la palabra.

El ámbito de las lenguas romances resulta desde entonces privilegiado, tanto por las características de su diversidad como por la rica documentación histórica que ofrecen al filólogo. Hans Ulrich Gumbrecht apunta como uno de los momentos de fundación de la filología románica la recomendación de Goethe en 1818 a Friedrich Diez de que se fuera a estudiar el legado lírico de los trovadores provenzales si deseaba conocer la Edad Media. Con Diez en el ámbito románico y con los estudios de la tradición poética popular germánica de los hermanos Schlegel, de los Grimm y de Johann Gottfried Herder, tomó cuerpo la filología decimonónica, en cuyo seno se desarrollaron la lingüística comparada de August Schleicher y Franz Bopp y la lingüística histórica de Hermann Paul, a la que hay que agregar la de Ramón Menéndez Pidal y su escuela. En el último cuarto del XIX la acumulación de datos reales de las lenguas clásicas y de las europeas modernas se encuentra con la teoría darwiniana, el entusiasmo mecanicista y la fisiología y llevan a la lingüística a proponer leyes de la evolución fonética de las lenguas; finalmente, a la introducción de una primitiva noción de sistema lingüístico por parte de Saussure. La juvenil tesis de Saussure sobre las vocales del indoeuropeo, en que introduce la noción de sistema, prefigura la del fonema y con esas dos extrapola, a partir de los textos y las comparaciones, por primera vez, la estructura de las vocales indoeuropeas, marca el paso de la lingüística histórica a la lingüística moderna.

Las historias de la lingüística con las que contamos hoy no describen con suficientes pormenores y mucho menos reconstruyen el ambiente científico y artístico de los últimos decenios del siglo XIX en que se gesta la lingüística moderna, pues no nació aislada del resto del movimiento intelectual de esa época. Creo encontrar en el fondo de todo ello un movimiento hacia el inmanentismo, hacia la búsqueda de aquello que es exclusivamente propio de ciertos objetos, de lo que define su verdadera naturaleza, aislándolo de todo lo que puede resultar accidental o circunstancial. Me parece identificar ese giro hacia lo inmanente en el caso de dos artes: la pintura y la música. Digamos que cuando se pueden abstraer categorías propias de esas artes, que definen *lo pictórico* y *lo musical*, se pasa a privilegiar ya no la representación y la melodía, sino la construcción interna de la obra de arte. Desde Cézanne y desde Schoenberg, las artes proponen una concepción de sí mismas radicalmente diferente de la que las caracterizaba antes (la naturaleza de la literatura es diferente, pues su materia es la lengua de todos los días, la lengua pública, y su sentido no puede clausurarse sin perderse; por eso no fueron los escritores —salvo los dadaístas y los poetas concretos brasileños— quienes postularon la inmanencia de la obra de arte literaria,

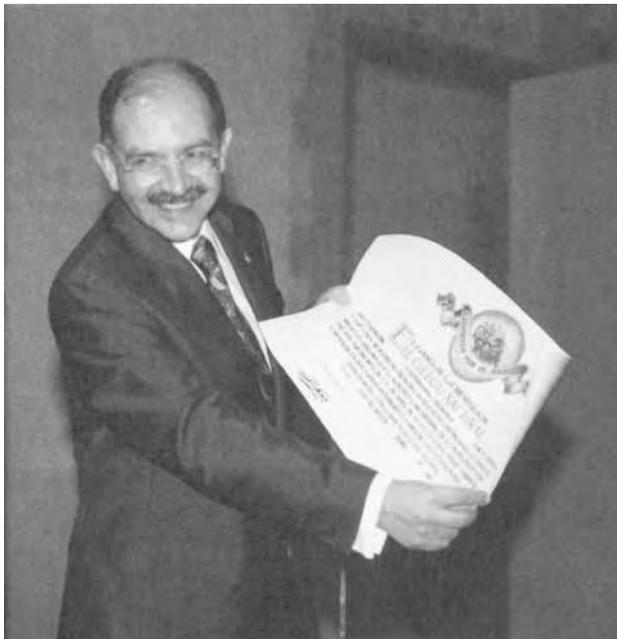
sino sus estudiosos: el formalismo ruso, el *New Criticism* y el estructuralismo literario). En el caso de la lingüística lo que logró Saussure fue volverse ya no hacia la verdad oculta en el discurso y su sentido, sino hacia la lengua misma: a la búsqueda de su propia naturaleza, prescindiendo de su historicidad, de su tradicionalidad, del modo de manifestarse en cada sociedad. La lengua, cualquier lengua, se concibe desde entonces como un sistema bien estructurado, cuyas características hay que entender. Cuando Saussure propone que la lengua es “un todo en sí”, autocontenido, lo hace explícitamente para poder encontrar su sistema en estado puro sin la intervención deformadora del normativismo de la gramática escolar y de las ligas entre la lengua, su manifestación fonética o escrita, lo que se dice con ella y la historia. Como lo formulaba el danés Louis Hjelmslev, sin duda el más profundo y radical de los estructuralistas, la objetivación inmanentista de la lengua la libera de todas las ataduras que la trascienden. A partir de ese momento la lingüística fractura su articulación con la filología.

Este movimiento del espíritu, esta dislocación del interés por las lenguas en relación con las preguntas centrales de la historia del pensamiento lingüístico y con la concepción filológica es lo que da a la lingüística moderna su punto de partida. A diferencia del filólogo, el lingüista mira, como principio de método, la lengua misma en su naturalidad; imbuido de positivismo, elimina la hermenéutica y posterga la comprensión del sentido de los textos.

No quiero decir con esto, de ninguna manera, que la naturaleza biológica y social de la facultad de hablar o que las complejas relaciones entre las lenguas, la vida social y la cultura de los pueblos hayan perdido el interés de la lingüística moderna. Sólo caracterizo la manera en que se hizo de un objeto propio de estudio, pero también subrayo una característica de varias corrientes contemporáneas, que desestiman la vida real de las lenguas en la sociedad y en la historia y soslayan el papel que tiene la interpretación en el estudio de las lenguas. Recuperar coherente, integralmente esas relaciones sin negar las ganancias epistemológicas adquiridas sigue siendo uno de los problemas de la lingüística contemporánea.

Fue Saussure quien estableció las condiciones de posibilidad de la lingüística a base de dos dicotomías metódicas y una teoría del signo. La primera dicotomía establece la diferencia entre la *lengua* (la *langue*) y el *habla* (la *parole*). Vale como una manera de abstraer los elementos invariantes de una lengua, sus “formas internas”, podríamos decir, a partir de la ilimitada variación de las pronunciaciones y de los discursos. Sólo abstrayendo así las invariantes puede pretender llegar a comprender en qué sentido una lengua es sistemática y a descubrir su sistema interno. La segunda dicotomía da como condición para encontrar el sistema de una lengua el que los datos de los que se parta correspondan a una simultaneidad temporal, a una *sincronía*. Lo contrario, la

variación en el tiempo o *diacronía*, imposibilita el descubrimiento del sistema. La teoría del signo saussureana, más importante que sus dicotomías, que no son sino condiciones de método, revolucionó la manera de comprender la relación entre las palabras y las cosas; dicho más precisamente, el modo en que se establece la relación de representación entre los signos y la experiencia de la vida. La herencia aristotélica por la cual “los sonidos vocales son símbolos de las afecciones del alma, y las letras lo son de los sonidos vocales. Y, así como la escritura no es la misma para todos, tampoco los sonidos vocales son los mismos. *Pero aquello de lo que éstos son primariamente signos, las afecciones del alma, son las mismas para todos, y aquello de las que éstas son imágenes, las cosas reales, son también las mismas*” (*De la interpretación*, 16<sup>a</sup>, 3-8; la cursiva es mía), herencia recogida de la misma manera por San Agustín en el triángulo *vox verbum – dictio – res*, en que la *dictio* es idea de la *res* y la *vox verbum* manifestación material de la *dictio*, y continuada hasta la actualidad en muchas corrientes de la lingüística, se ve corregida por la definición saussureana del signo, al que considera inseparablemente constituido por el *significado* y su *significante*. Es decir, el *significado* es un fenómeno lingüístico *inmanente* a cada lengua, que debe distinguirse de las “afecciones del alma”, de las “imágenes de las cosas”, de las “ideas de las cosas”; no hay tales “afecciones del alma” independientes de las lenguas, ni todos los seres humanos tenemos las mismas “imágenes” o “ideas” de las cosas. El signo es arbitrario y cada lengua crea sus propios signos a partir de la diversidad de las experiencias de sus hablantes. Así no sólo la búsqueda de una lengua cuyos signos participaran de la naturaleza de lo que nombraran, sino además las creencias de que los objetos simplemente están ahí, idénticos para



todos, de que los seres humanos compartimos las mismas ideas, y de que el papel de las lenguas sólo consiste en darles una envoltura sonora o gráfica, un vehículo material, quedan contradichas por esa teoría saussureana.

Con esta lingüística podemos admirar la riqueza de las lenguas, a las que nos podemos dedicar sin preconcepciones y sin esperar que todas signifiquen o lleguen a significar lo mismo. Ahora estamos preparados para asombrarnos y comprender bien, por ejemplo, que haya lenguas cuyos verbos manifiesten relaciones temporales referidas a un aquí y un ahora de cada hablante dentro de una concepción lineal del tiempo, en que el pasado antecede al presente y el futuro viene después, como las lenguas europeas, y haya otras en que los verbos signifiquen solamente características temporales de las acciones referidas —*aspectos*, en la terminología especializada— en las que el transcurso del tiempo humano se expresa sólo en relación con un “ahora” y un “no-ahora” manifiestos en cada acto verbal y con otros signos diferentes de los verbos, que significan temporalidad, como sucede en las lenguas mayas y en muchas más de las amerindias. Benjamin Lee Whorf propuso que, en estas lenguas, la concepción del tiempo es circular, y el pasado, tiempo del mito, no se distingue del futuro, ámbito del retorno mítico, del eterno retorno. Podemos apreciar cómo, por ejemplo, el verbo *sneak* del inglés manifiesta lo que en español decimos con *inmiscuirse*, *escabullirse*, *entrometerse*, *infiltrarse* y aun *filtrarse*, porque lo furtivo de esas acciones predomina en el significado de *sneak*, mientras que en los significados de esos verbos en español lo furtivo sólo se manifiesta en *escabullirse*, *infiltrarse* y *filtrarse*, ya que en los otros predomina la dirección del movimiento (hacia adentro: *inmiscuirse*; *escabullirse* significa salir furtivamente de un lugar o librarse de cierta situación), lo volitivo o lo alejado de toda voluntad (*infiltrarse* y *filtrarse*), e incluso el juicio moral (*inmiscuirse*, *entrometerse*). Podemos analizar la taxonomía de los hongos en tsotsil, buscando sus valores intrínsecos y sin imponerle la taxonomía científica occidental, para comprender el modo en que esta cultura, de la tradición maya, significa sus experiencias medicinales y mágicas.

Las dos dicotomías metódicas de Saussure dieron lugar a la epistemología que llevó a la lingüística a destacarse entre las ciencias humanas al final de la Segunda Guerra Mundial: el estructuralismo. Los métodos de descripción y observación de los fenómenos lingüísticos, orientados exclusivamente al descubrimiento de un sistema, por mediación del famoso filólogo ruso Roman Jakobson rápidamente pasaron a la etnología (Claude Lévi-Strauss), a los estudios literarios (Roland Barthes y el grupo de la revista *Tel quel*), al psicoanálisis lacaniano y dieron parte de sus bases a la semiótica (otra parte se debe a Charles Sanders Peirce).

Sin duda el estructuralismo dotó a la lingüística de su arsenal fundamental de métodos de investigación, pero la misma necesidad inmanentista que tenía la lingüística estructural



Doctores Octavio Novaro, Ruy Pérez Tamayo, Anatonio Alatorre, Luis Fernando Lara, Eusebio Juaristi, Juan Ramón de la Fuente y Leopoldo García Colín en la ceremonia de ingreso de Luis Fernando Lara Ramos a El Colegio Nacional.

para poder definir su objeto de estudio llevó a clausurar, como ya dije, la relación de la lengua con su realidad social, con su uso y con su historia y, en consecuencia, la alejó peligrosamente de las preguntas básicas de los seres humanos acerca del lenguaje y de la posibilidad de legitimarse socialmente. A partir del estructuralismo se comenzó a privilegiar la virtualidad de los sistemas lingüísticos en detrimento de la realidad de las lenguas, que se comenzaron a ver como meras y fragmentarias *realizaciones* del sistema. La gramática transformacional que creó Noam Chomsky es un caso paradigmático de ese desinterés por la realidad lingüística, cuyos efectos todavía se perciben en la lingüística contemporánea.

No es de extrañar que una lingüística del sistema virtual se inclinara exclusivamente hacia las ciencias de la naturaleza, al grado de que para Chomsky la lengua es un órgano del cuerpo y su realidad social e histórica un mero accidente. Pero, carente de mejores métodos para descubrir el sistema en toda su complejidad, la solución chomskyana fue imponer al sistema de la lengua un formalismo derivado de la teoría de los lenguajes artificiales, primero y correctamente, bajo la hipótesis de que podría revelar su naturaleza; después y equivocadamente, atribuyéndoselo *a priori* con una argumentación no empírica, sino especulativa de carácter cartesiano, apoyada en los ideólogos del siglo XVIII francés.

Tullio de Mauro, el famoso lingüista italiano, decía que la lingüística es la ciencia puente entre las de la naturaleza y las de la cultura. En efecto: es ciencia natural por cuanto la facultad de hablar debe formar parte de la impronta genética del ser humano, aunque todavía estemos lejos de saber en qué consiste y sólo podremos llegar a conocerlo si nos acercamos a la biología y la neurología y somos capaces de construir una conceptualización común, inteligible para las tres disciplinas, y una metodología correspondiente. La observación de la manera en que se constituyen las formas de los signos, del fonema al morfema y sus transiciones morfológicas; del morfema a la palabra, de la palabra a la com-

binatoria sintáctica; y los procesos de gramaticalización, que vuelven a varias palabras morfemas, o los contrarios, de lexicalización, llevan a la hipótesis de que la formación de los sistemas lingüísticos puede ser, desde el punto de vista de su organización interna y del modo en que se generan en la percepción y en la formación de la inteligencia, una prolongación de la embriología, es decir, de la capacidad del cuerpo para construir sistemas complejos. Los todavía pocos, pero notables y muchas veces desconcertantes descubrimientos de la neurología a propósito del modo de funcionamiento del lenguaje en la corteza cerebral apuntan en la misma dirección. Pero si, como podría deducirse de los casos mencionados de “niño lobo”, la adquisición de una lengua tiene un papel determinante en la hominización, entonces la sociedad y después la cultura no son meros accidentes del “órgano lingüístico” como lo piensa Chomsky, sino tan constitutivos de las lenguas reales como la propia facultad de hablar.

No hay datos arqueológicos que nos permitan suponer cómo se formaron o cómo eran las lenguas de los primitivos seres humanos; a lo más que se llega es a considerar que el desarrollo del cerebro y la disposición muscular de la cavidad fonatoria propiciaron el habla, a diferencia de lo que sucede con otros primates. Hay, por supuesto, hipótesis más o menos aventuradas que proponen un origen fonosimbólico de las lenguas, es decir, que comienzan siendo imitaciones de sonidos de la naturaleza; hay otras que sostienen que las lenguas aparecieron como parte de la creación de los primeros instrumentos y tenían, desde un principio, cierto grado de abstracción. Pero no parece haber manera de verificar esas hipótesis que, por el contrario, promueven las más descabelladas especulaciones. Para toda finalidad científica no hay un más atrás de las lenguas reales constituidas. Las lenguas no se crean espontáneamente, *ex-novo*, por una convención fundadora, sino que se han transmitido, desde la oscuridad de los tiempos, de generación en generación,

y la búsqueda de una lengua primigenia sólo corresponde a una creencia mítica.

La lingüística románica, como dije antes, ofrece un rico acervo de datos para poder estudiar la evolución de las lenguas y de allí abstraer sus características generales, pues sólo en este ámbito hay documentos suficientes de su origen —el latín—, de su fragmentación medieval, y del modo en que fue la escritura —inveteradamente excluida de todo razonamiento de la lingüística moderna— y no la simple evolución del latín, la que dio a las lenguas romances las características que hoy tienen (idea esta última sostenida en los años más recientes a partir de una profunda reinterpretación del papel de la escritura). Es decir que, en contra de la posición rígidamente saussureana, que busca una evolución natural, silvestre, de las lenguas, una mera diacronía, es la filología romance la que ha nutrido una lingüística de las lenguas reales que es capaz de recuperar su pasado intelectual y enriquecer la investigación empírica. Así por ejemplo, Ángel López García afirma que la sintaxis del español no fue resultado de una transformación natural de la latina, sino que fue, en gran parte, la traducción bíblica de San Jerónimo al latín, debido a su interés por respetar el carácter griego y hebreo de los textos originales, lo que dio lugar a la estructura básica de la oración en castellano, en francés, en toscano, etc.; Roger Wright, por su parte, ha venido destacando el papel de Alcuino, el consejero de Carlomagno, en la reforma del latín eclesiástico medieval y sus efectos en la historia de la escritura de las lenguas romances, que tuvieron por resultado el reconocimiento de sus particularidades fonológicas y morfológicas y, dicho con palabras del filósofo Karlo Otto Apel, “el descubrimiento de la lengua materna”, pues hacía falta un medio de fijación del discurso romance que permitiera una reflexión sobre sus peculiaridades y el distanciamiento necesario para comenzar a objetivarlas; Hans Josef Niederehe, por su parte, ha explicado con cuidado el efecto que tuvieron sobre el léxico y el desarrollo de la sintaxis del castellano del siglo XIII los procedimientos neológicos de Alfonso el Sabio, rey de Castilla, y sus esfuerzos por hacer de él una lengua de la historia, del derecho y de la ciencia; es decir: el español que hoy hablamos debe la mayor parte de su sistema y de sus características léxicas a la escritura y a la acción cultural a lo largo de los siglos. Sobre la base de la capacidad natural del ser humano para desarrollar una lengua, es la historia real de los pueblos, la acción no sólo de personajes determinados, sino de intereses de comunicación y de creación artística la que da a las lenguas sus características, en una evolución continuada pero siempre sometida al acontecer histórico. Insisto: una lengua como el español actual es producto de una cultura, no solamente de la capacidad humana para constituir sistemas.

Lo que tenemos en todos estos casos es historia real de las lenguas, que demuestra la acción de las sociedades sobre ellas. No hay lenguas sin hablantes, y aunque esto es una grosera perogrullada, hace falta resaltarla para que la lingüística

no se reduzca a un juego virtual de accionar algebraico, o se convierta en obsesión de coleccionista. Los hablantes cuentan; y el estado de sus sociedades y sus culturas es determinante para la posibilidad de que sus lenguas sean instrumentos de conocimiento y de memoria de su experiencia vital. Una lengua abandonada, reducida a la aldea, con instituciones sociales como la escuela, la asamblea comunitaria, la administración de justicia o la comunicación científica derruidas o entregadas a otra lengua impuesta, es una lengua condenada a la desaparición y sus hablantes al suicidio o al genocidio cultural. Algo sabemos de esto los mexicanos, pues sobre la rica diversidad lingüística de nuestro país, tan asombrosa como la de la India, se sobrepuso primero la tragedia de la colonización, que cortó de un tajo la evolución social de los pueblos amerindios y creó un abismo insalvable en su memoria cultural; pero después siguió la ideología nacionalista, empeñada en acabar con nuestros pueblos aborígenes para alcanzar la “unidad nacional”. A la conciencia de esta tragedia se debe el compromiso ético de muchos lingüistas mexicanos con la recuperación de las funciones comunicativas de las lenguas amerindias.

No sólo tiene México esa riqueza lingüística originaria, sino que su papel como una de las dos más importantes capitales de virreinato en América, y la cultura hispánica que aquí se desarrolló, hacen de nuestro país uno de los más ricos de la lengua española. Puesto que para la mayoría de los mexicanos es el español su lengua materna, y la cultura a la que nos debemos es la europea, nuestra lingüística se ha nutrido de la experiencia de Occidente. Lo que nos falta todavía es incorporar a ella una experiencia original mexicana, que asuma el papel nacional de nuestro español y sepa ver en nosotros la presencia de esos Otros, los indios, sus lenguas actuales y los dramáticos procesos de aculturación y desculturación que han sufrido desde la Conquista.

Tal unión no es armónica ni automática, sino tan conflictiva como el choque de dos mundos. En la formación de los lingüistas mexicanos han tenido su papel la tradición gramatical y lexicográfica hispánica de Andrés Bello, Rufino José Cuervo y la Academia Española. Los filólogos y polígrafos del XIX y anteriores a la segunda mitad del siglo XX, como Manuel Crisóstomo Náxera, Francisco Pimentel, Manuel Orozco y Berra o Mariano Silva y Aceves (fundador de la pionera revista *Investigaciones lingüísticas*), recibieron la influencia de la lingüística comparada alemana y estadounidense. La lingüística hispánica moderna, sin embargo, tiene dos fuentes en México: la aportación histórica original de la escuela de Ramón Menéndez Pidal, que llegó a nuestro país con la *Nueva Revista de Filología Hispánica* como heredera de la *Revista de Filología Española* y el papel formador de Antonio Alatorre, de Margit Frenk y de Juan M. Lope Blanch. La lingüística indigenista, en cambio, tuvo su refundación moderna con la llegada de Mauricio Swadesh y de William Cameron Townsend (creador del Instituto Lingüístico de Verano), quienes difundieron el instrumental descriptivo necesario para el estudio



de nuestras lenguas indígenas, que fue por muchos años la fortaleza del Instituto Nacional de Antropología e Historia y su Escuela. Sin embargo, a causa de la diferencia de enfoques sobre las lenguas —filológico e histórico en el caso del español; antropológico y descriptivo en el caso de las lenguas aborígenes mexicanas— no es fácil lograr que ambas concepciones y sus métodos de trabajo se interpenetren y se enriquezcan mutuamente. Tanto menos cuando, con la misma mala conciencia que tienen los europeos hacia la América india, ocurre el fenómeno inconsciente de desconocer y despreciar el español para poder apreciar las lenguas indígenas. Para mí, lo mexicano estriba en la capacidad de valorar nuestro doble origen.

Les he ofrecido una historia de la lingüística, pero ni es canónica, ni se reduce a registrar épocas y autores; lo que busca es reconocer la legitimidad de las preguntas que se hace el ser humano en relación con sus lenguas y su facultad de hablar, y situar la lingüística en relación con ellas. Busca también situar la lingüística entre las ciencias y entre las humanidades, dentro del concierto intelectual de El Colegio Nacional.

Quizá llevó tantos siglos fundar una ciencia del lenguaje porque concebirlo y ser capaces de observarlo implica un extrañamiento tan difícil y a veces tan doloroso como el que produce el psicoanálisis —que lo digan si no, los lexicógrafos, entre quienes me cuento—; tratar de entenderlo es tocar el núcleo de lo humano, enajenarse de él antes de intentar penetrarlo y después entregarse al vértigo de la significación. La historia de la lingüística es ese largo esfuerzo por

trascender los mitos y el rigor prescriptivo de la gramática del Renacimiento; el tortuoso camino intelectual que, al reconocer al signo en su arbitrariedad e inmanencia, nos ofrece la diversidad de las lenguas como riqueza y no como confusión. Otra historia de la lingüística, que para existir necesita reconocer lo Otro.

.....

**ANTONIO ALATORRE**

**CONTESTACIÓN AL DISCURSO  
DE INGRESO DEL DOCTOR  
LUIS FERNANDO LARA RAMOS**

**Señoras y señores:**

Lo primero que tengo que decir es que el ingreso de Luis Fernando Lara en este Colegio Nacional es causa, para mí, de enorme alegría. Luis Fernando fue alumno mío (es decir, una especie de hijo) en El Colegio de México. Allí fue donde yo me formé intelectualmente entre 1947 y 1950, y allí se formó él entre 1965 y 1968. No sólo eso. A mí me cupo en suerte actuar en un momento que sería decisivo para su carrera de lingüista. En 1972 don Antonio Carrillo Flores, internac-

reuniones internacionales. Había observado, con no poca curiosidad, las peculiaridades del español de México frente a las del español de España y de los otros países hispanoamericanos. ¿No sería una buena idea —pensó—, elaborar un diccionario del Español *de México*, es decir, no hecho a partir del de la Real Academia Española, sino a partir de la realidad viva de nuestro país? Don Víctor se interesó por la idea y quiso que yo, director del Centro de Estudios Filológicos, me incorporara a la plática; entonces don Antonio me explicó de qué se trataba: no de un diccionario de indigenismos (*atole y petaca, huarache y cempasúchil*), aunque éstos estarían allí naturalmente, sino un diccionario integral del español que hablamos y escribimos los mexicanos. Recuerdo que, para cerciorarme de si había captado su idea, le pregunté: “¿Un diccionario en que la palabra *banqueta* tenga como acepción primera no la que da el Diccionario académico, ‘asiento de tres o cuatro patas’, o bien ‘banco corrido y sin respaldo’, sino eso que los ingleses y norteamericanos llaman *side-walk*, los franceses *trottoir*, los españoles *acera* y los argentinos *vereda*?”; y él me contestó “¡Eso exactamente!” Entonces don Víctor, hombre práctico y amigo de soluciones rápidas cuando el asunto era claro, me preguntó si en mi Centro había alguien capaz de hacerse cargo de la empresa, y yo, sin pensarlo dos veces, le contesté: “Sí que lo hay; se llama Luis Fernando Lara”. De los becarios del Centro que estaban a punto de terminar sus seis semestres de maestría, algunos se inclinaban hacia la literatura y otros hacia la lingüística y entre los de vocación lingüística era Luis Fernando quien daba señales de más entusiasmo y de mayor madurez. Ese mismo día le pregunté si estaría dispuesto a aceptar el encargo y él, sin pensarlo dos veces, me dijo que sí. De esta manera quedó sellado, por decir así, ese destino de eminente lingüista que es hoy.

Debo hacer una aclaración. Yo puedo contar a Luis Fernando Lara entre los alumnos más brillantes que he tenido; puedo decir que lo veo casi como hijo; pero no puedo hacer alarde de haberlo guiado en sus aficiones lingüísticas. El fundador del Centro de Estudios Filológicos, Raimundo Lida, quería —siguiendo a su maestro Amado Alonso, el cual siguió a su vez al suyo, don Ramón Menéndez Pidal— que sus estudiantes fuéramos investigadores en dos campos distintos, aunque ciertamente conectados: la literatura y la lingüística. Sucesor de Lida en la dirección del Centro, yo mantenía ese ideal cuando Luis Fernando era estudiante. Los profesores éramos muy pocos, razón por la cual invité en esos años a varios profesores extranjeros de bastante renombre, investigadores literarios unos, lingüistas otros. Y fueron dos de los lingüistas, Eugenio Coseriu y Klaus Heger, quienes realmente fomentaron y orientaron la vocación de Luis Fernando.

Yo, ingenuo (por no decir bobo), pensé que él, una vez presentada su tesis de maestría, que era una monografía dialectológica sobre el habla de Tlacotalpan, se pondría, sin más, a elaborar el diccionario del español de México, empezando en la letra A (desde *ábaco* y *abajero*, hasta *azufre*, *azulejo* y *azucar*) y terminando con la Z. Pero él, no ingenuo, pensa-

ba de otra manera. Ya para esas fechas había conseguido una beca alemana que le permitiría hacer sus estudios de posgrado en Alemania. Y así lo hizo. Se puso a aprender la endiablada lengua germánica, y entre 1968 y 1970 vivió en aquellas tierras, donde asistió, particularmente, a las lecciones de Klaus Heger. (Por cierto, al terminar aquí su semestre de profesor-visitante, Klaus Heger me hizo ver la conveniencia de dividir el Centro en dos secciones distintas, pues no era razón que un estudiante de clara vocación lingüística —y me ponía el ejemplo de Lara—, cursara obligatoriamente unas materias que no habían de serle útiles. Yo acepté su consejo, y desde hace casi treinta años son dos carreras independientes las que se hacen en nuestro Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios).

A su regreso de Kiel y Heidelberg, en 1970, Luis Fernando fue nombrado profesor-investigador en El Colegio de México, y en ese mismo año se inició como profesor en la Universidad Iberoamericana, donde había hecho su licenciatura. El curso que allí dio fue el muy normal y reglamentario de historia de la lengua española. Pero enseguida, en 1971, en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, comenzó a dar cursos sobre lexicología y semántica, materias mucho menos convencionales y en las cuales era ya todo un profesional. Su docencia en El Colegio de México comenzó un poco más tarde, en 1973, con un curso de semántica. Y en este mismo año quedó oficialmente nombrado director de proyecto de elaboración del *Diccionario del español de México*.

Luis Fernando ha sido siempre un fiel practicante del *festina lente*, que nos enseña que la mejor manera de apresurarse es avanzar despacio, por pasos contados. La meta, en su caso, siempre ha sido clara; pero el hacerse de un método, de un *modus operandi*, fue tarea lenta y meticulosa. Muy pronto vio la necesidad de adentrarse en el terreno de la lingüística matemática y computacional, y en el verano del año siguiente, 1974, se trasladó a Italia y se inscribió en el *Centro Nazionale di Calcolo Elettronico de Pisa*, adonde volvió dos años después para terminar esos superespecializados estudios. (En 1975, entre uno y otro viaje, obtuvo su grado de doctor en El Colegio de México).

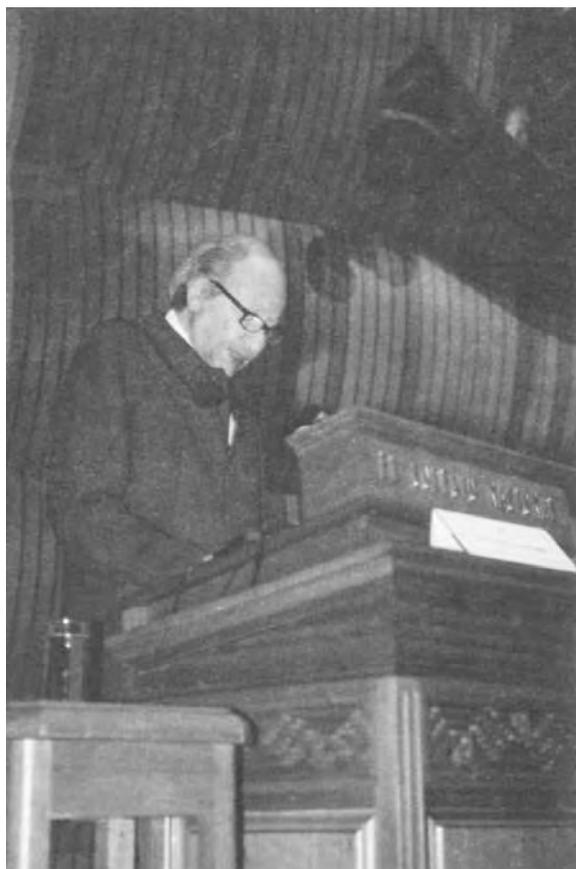
Fruto de los dos veranos de estudio en el *Centro di Calcolo Elettronico* fueron los cuatro primeros artículos que figuran en su currículum —dos en español, uno en francés y uno en inglés— sobre el uso de la computadora electrónica y sobre la base estadística del futuro *Diccionario del Español de México*, pero ya antes, entre 1971 y 1973, había publicado en la *Nueva Revista de Filología Hispánica* varias reseñas de libros, lo cual no es, como algunos piensan, tarea desdeñable o facilona. Las veintitantas reseñas que ha publicado Luis Fernando son productos tan serios y dignos de atención como el centenar de artículos de su currículum.

Hace pues más de treinta y cinco años que Luis Fernando Lara viene desempeñando labores docentes y publicando, así

en México como en el extranjero, el fruto de sus investigaciones y reflexiones. Además de los cursos propiamente dichos —dos de ellos impartidos en el extranjero, uno en la Universidad de California (Santa Bárbara) y otro en la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona—, ha dado una treintena de cursos en centros superiores de enseñanza del Distrito Federal y de los estados, como también en el extranjero y asimismo un asombroso número de conferencias en México, en Guadalajara y Monterrey, en Puebla y Jalapa, en Toluca y Chihuahua y Aguascalientes, en los Estados Unidos y en Europa (por ejemplo en Madrid, Salamanca, Barcelona, Valencia, Úbeda y Jaén, Lovaina y Amberes, Viena y Berlín, Nuremberg, Leipzig, Tréveris y Maguncia). ¿Y qué diré de su asistencia y participación en congresos, simposios y mesas redondas? Diré que, desde 1971 hasta la fecha, casi no ha habido reuniones de asociaciones e institutos de lingüística, así nacionales como internacionales, en que él no haya estado presente; por lo general, presentando una ponencia. Un par de ejemplos mexicanos: el Instituto Superior de Intérpretes y Traductores y el Centro Universitario de Comunicación de la Ciencia. Y algunos ejemplos internacionales: congresos de Lingüística y Filología Románicas, de Hispanistas, de Lingüistas y Filólogos de América Latina, de Computación Literaria y Lingüística, de Lingüística Hispánica y de Terminología. (Perdónenme ustedes estas enumeraciones, las hago para que vean de alguna manera que, si digo que la estatura científica de Luis Fernando ha hecho de él toda una figura internacional, no lo digo a humo de pajas, ni movido por el afecto que le tengo).

Aún no he acabado de glosar su currículum. Pero abreviaré el resto lo más posible. Como especialista que es, no sólo en el campo de la lexicografía, sino en varias otras ramas de la lingüística, es natural que Luis Fernando sea un personaje muy solicitado. Ha pertenecido a muchas comisiones dictaminadoras y a muchos comités organizadores de congresos. En algunos casos él ha sido el presidente del comité organizador y hasta el iniciador de una serie de congresos. También es natural que sea miembro de importantes sociedades científicas, por ejemplo —aquí no puedo evitar la ejemplificación— el Comité Internacional Permanente de Lingüística, que depende de la UNESCO, la Sociedad de Lingüística Europea, la Dictionary Society of North America, la Asociación Internacional de Terminología. Más aún, es miembro *fundador* de la Asociación Española de Estudios Lexicográficos y de la Asociación Mexicana de Lingüística Aplicada, que desde 2001 cuenta con una revista propia, *Lingüística Mexicana*, dirigida por él. Y añadiré que durante dos términos consecutivos, de 1997 a 2003, fue director del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios de El Colegio de México.

El currículum de cada uno de los miembros de El Colegio Nacional está a disposición de todo el mundo por la vía del internet. Veán ustedes el de Luis Fernando. Véanlo y asómbrense. Y les sugiero que lo comparen con el que Antonio Alatorre presentó cuando él fue candidato: no les será traba-



El doctor Antonio Alatorre dando respuesta al discurso de ingreso del doctor Luis Fernando Lara Ramos.

joso, sino fácil y hasta divertido, comparar el exiguo bagaje de Alatorre con el bagaje colosal de Lara.

La lista de sus publicaciones comienza con nueve títulos de libros. Debieran ser doce en realidad: faltan tres Diccionarios porque son obras colectivas, aunque dirigidas por él. De esos doce libros mencionaré sólo cinco: *El concepto de norma en lingüística*, que fue su tesis doctoral; *Lengua histórica y normatividad*, donde recogió y amplió algunos de sus ensayos más luminosos; *Teoría del diccionario monolingüe*, que en 1996 recibió el “premio Wigberto Jiménez Moreno” a la mejor investigación lingüística; el recentísimo *Curso de lexicología*, honrado por el Instituto Nacional de Antropología e Historia, con el “premio Antonio García Cubas” al mejor libro de texto universitario; y el *Diccionario del español usual en México*, que recibió en 1997 el “premio Arnaldo Orfila” a la mejor edición universitaria.

Este *Diccionario del español usual*, mucho más rico que los dos que lo precedieron, no es todavía el *Diccionario del español de México* cuya idea le propuso Carrillo Flores a Cosío Villegas hace casi cuarenta años. Éste, el definitivo, va a ser muy voluminoso, y no tardará mucho en salir a la luz. Y se me ocurre sugerirle a Luis Fernando que en alguna de las series de conferencias que ofrecerá en este Colegio Nacio-

nal, se haga acompañar de sus colaboradoras y colaboradores, esos seres laboriosos e inteligentes que lo conocen a él mejor que nadie, para que él y ellos, en diálogo con el público, y con abundancia de ejemplos, expliquen en que ha consistido su labor.

De hecho, yo pensé que en este discurso inaugural hablaría Luis Fernando de esa labor. Pero, fuera de una rápida alusión a la lexicografía, hacia el final, donde habla, de manera un tanto misteriosa, del “extrañamiento” difícil y doloroso que experimenta el lexicógrafo en su tarea, ya que ésta consiste, en última instancia, en *entender* el lenguaje, y “tratar de entenderlo es tocar el núcleo de lo humano, enajenarse de él antes de intentar penetrarlo y después echarse al vértigo de la significación”, fuera de esto, digo que lo que ha hecho en su discurso es ofrecernos, en apretada síntesis, una historia de la lingüística, una historia del asombro que en el género humano ha causado siempre “la capacidad de hablar” y “la multitud de las lenguas del mundo”, desde el mito de la torre de Babel, hasta el momento actual. Están en el discurso todas las etapas importantes, están los nombres de aquellos que dejaron una huella significativa por sus intuiciones, sus interpretaciones o sus métodos: Platón y Aristóteles, los gramáticos latinos, san Agustín y san Isidoro, la cábala medieval, la filología renacentista de Descartes y Leibniz, el descubrimiento del sánscrito y la creación de la lingüística comparada, los románticos alemanes, los intentos de crear una lengua universal como el esperanto y el *volapük* y luego Saussure, padre de la lingüística moderna, que se propuso elucidar lo que es el lenguaje en sí y aisló el signo lingüístico puro, sin asociaciones culturales e históricas, y los sucesores de Saussure, comenzando con Hjelmslev, y finalmente con Roman Jakobson y Noam Chomsky y otros, la lingüística contemporánea, cuya tarea es atender a aquello que tuvo que eliminar Saussure, o sea “recuperar coherente, integralmente”, pero sin negar, desde luego, “las ganancias epistemológicas”, de Saussure, eso precioso que ha estado desde siempre asociado con el lenguaje: su vida real en la sociedad y en la historia —tarea que Luis Fernando ejemplifica acertadamente con la situación lingüística y cultural de nuestro país.

Nada de esto voy a comentar, no sólo porque Luis Fernando lo ha expuesto todo en forma clarísima, sino, sobre todo, porque él conoce esta historia inconmensurablemente mejor que yo. Lo que haré, para terminar, será sólo poner una pequeña apostilla en el tema de la diversidad lingüística. Hay en la Biblia, en el Libro de los Jueces, el episodio memorable de la guerra entre los de Efraím y los de Galad, que estuvo indecisa hasta que los galaditas se apoderaron de los vados del Jordán. Cuando un efraimita necesitaba pasar el río, los galaditas le preguntaban: “¿Eres efraimita?” y él, naturalmente para salvar el pellejo, respondía que no. Entonces los galaditas replicaban: “¿Ah, no? A ver, di *shibolet*”. El efraimita decía *sibolet*, porque en su dialecto no había el fonema *she*. De esta manera, concluye tranquilamente el relato bíblico, los de Galad pasaron a

cuchillo a cuarenta y dos mil efraimitas. Yo dudo de la historicidad de este episodio atroz, pero es imposible no ver en él la plasmación de un sentimiento muy pertinaz: el ver como un extraño, como un enemigo potencial, a quien no habla como nosotros. Y pienso entonces en sor Juana Inés de la Cruz, para la cual, por el contrario, todo ser humano es un amigo potencial, aunque no con todos podamos entablar un diálogo, por culpa del blasfemo atrevimiento de quienes emprendieron la construcción de la Torre de Babel, la cual no dejó ruinas visibles, pues el tiempo se come las piedras, pero sí ruinas audibles y perdurables, pues las oímos cada vez que alguien nos habla en una lengua que no entendemos. Lo dice ella en un pasaje maravilloso del *Primero Sueño*:

... aquella blasfema, altiva torre,  
de quien hoy dolorosas son señales  
—no en piedras, sino en lenguas desiguales  
porque voraz el tiempo no las borre—  
los idiomas diversos, que escasean  
el sociable trato de las gentes,  
haciendo que parezcan diferentes  
los que unos hizo la naturaleza,  
de la lengua por solo la extrañeza.

Verdaderamente sor Juana sabía meditar sobre el misterio del lenguaje. Y eso es todo. Sólo me resta decir: ¡Bienvenido, Luis Fernando, a El Colegio Nacional! 

# Mi Buenosayres querido\*\*

Un mundo, llamado el Plutobarrio o barrio de los ricos, habitado por seres humanos que tienen la forma de cajas registradoras. Un dragón que se sumerge en un letargo profundo, lo mismo ante la lectura de unos poemas —pavoroso diluvio de metáforas— que a causa de la relación, en voz alta, de todos los Fernández que aparecen en la guía telefónica. Una región donde viven los homoglobos, quienes, inflados hasta reventar, se mueven en el aire en contradanza grotesca. Otra región, habitada por seres que, habiendo sido en esta vida intermedios y acaparadores, en la otra se transforman en cilindros rojos, conos amarillos, ovoides negros o esferas azules. Un monstruo dividido en dos mitades: la mitad calumniadora, la mitad aduladora. Hombres “diarios”, es decir, hombres con la forma de periódicos que vomitan sapos y lagartijas y se lanzan entre dos rodillos que los convierten en cintas de papel. Las anti-musas: la falsa Erato, la falsa Melpómene, la falsa Terpsícore, que coexisten con unos señores graves, jinetes en el Dragón Apocalíptico, la Bestia de Siete Cabezas, la Gran Prostituta y los Reyes de Gog y Magog, los cuales giran en una calesa o carrusel, al ritmo y al sonido gangoso de un canto gregoriano. Poco antes, a la mitad de un puente al que hemos llegado tras cruzar la laguna Estigia, se nos aparece, en carne y hueso —más carne que hueso—, Doña Lujuria en persona: una gigantesca mujer desnuda, que en lugar de mamas tiene sendas cabezas de perro, vivas; un cangrejo por sexo y, en lugar de glúteos, sendos alones de gallina. Y poco des-

pués, conocemos la triste historia de Don Ecuménico, un individuo que, de lector ávido, devorador de libros, pasó a ser bibliófago de verdad, comiéndoselos no tanto literaria como literalmente, al sufrir, a semejanza del personaje de Kafka, una metamorfosis: de hombre, en gigantesco insecto alado.

Este mundo fantástico, abigarrado, donde abundan las alucinaciones, los sueños desbocados, los simbolismos y las metáforas, digno de Jonathan Swift, pertenece a una de las novelas hispanoamericanas más grandes que se han escrito —y una de las menos leídas— de este siglo. El autor fue el novelista argentino y también poeta Leopoldo Marechal, quien alguna vez afirmó que la novela no es la corrupción de la epopeya sino su sucedáneo. Y para demostrarlo escribió una epopeya argentina llamada *Adán Buenosayres*: Adán, como el primer hombre que le da nombre a las cosas. Buenosayres como la ciudad en la que nació el 11 de junio de 1900 y que a su vez toma su nombre de la patrona de los navegantes, la Virgen Santa María de los Buenos Aires, que con una mano sostiene al niño y, con la otra, un barco de vela.

Leopoldo Marechal, quien vivió en España y Francia y viajó por buena parte de Europa, escribió los primeros capítulos de *Adán Buenosayres* en 1931, pero no fue sino quince años más tarde que la concluyó. *Adán Buenosayres* apareció en 1948, después de fallecida la esposa de Marechal, y tras que el autor hubiera superado una profunda crisis espiritual y religiosa.

En la edición de Clásicos Castalia publicada en Madrid en 1994, el argentino Pedro Luis Barcia, a cargo de la misma y autor de la introducción y las notas, nos recuerda el atroz recibimiento que tuvo este espléndido libro por parte de algunos críticos que, al menos en esa época, eran considerados como portavoces de la sensatez y el buen gusto. Fueron varios los motivos de esta acogida. Se señaló, por ejemplo, que Marechal, infamaba a sus compañeros generacionales. Se dijo que se trataba de una torpe imitación del *Ulises* de James Joyce, y se le acusó de ser un libro grosero y obsceno.

\* En abril de 2016, el escritor mexicano Fernando del Paso recibió el Premio de Literatura en Lengua Castellana Miguel de Cervantes, en su edición 2015, que entrega el Ministerio de Cultura de España a partir de propuestas que recibe de la Real Academia Española y de las Academias de la Lengua de los países hispanos, y que es considerado el galardón más importante que se otorga en el campo de la Literatura a escritores en lengua castellana. Del catálogo de El Colegio de México recuperamos aquí este texto de Del Paso.

\*\* Publicado en *Norte y sur: la narrativa rioplatense desde México*, Rose Corral (ed.), México, El Colegio de México, 2000, pp. 15-26.

# TRES DEL PASO de obligada lectura



José Trigo  
(1966)



Palinuro de México  
(1977)



Noticias  
del Imperio  
(1987)

Barcia nos recuerda que Emir Rodríguez Monegal se refirió a “la ostentosa suciedad del texto” y Eduardo González Lanuza habló del “condenable nivel coprológico del lenguaje”. Y que por su parte Anderson Imbert lo calificó como un bodrio con fealdades y aun obscenidades que no se justificarían de ninguna manera, aunque el autor se parapetase detrás del nombre del genio irlandés. Cabe señalar, sin embargo, que Julio Cortázar, en defensa de *Adán Buenosayres*, lo llamó “valerosamente leal a lo circundante”, y consideró la novela como “un acontecimiento extraordinario de las letras argentinas”.

Vamos por partes. *Adán Buenosayres*, un libro de casi mil páginas, fue dedicado por Marechal a sus compañeros martinfierristas. Es decir, a aquellos vanguardistas argentinos que manifestaron, a través de la revista *Martín Fierro* (1924-1927), sus tendencias ultraístas, creacionistas, cubistas, etc. Dice la dedicatoria: “A mis camaradas martinfierristas, vivos y muertos, cada uno de los cuales bien pudo ser un héroe de esta limpia y entusiasmada historia”. A esta dedicatoria sigue un “prólogo indispensable” escrito por el propio autor, en el que narra el entierro del personaje cuyo ataúd fue llevado a cuestras por él mismo, el astrólogo Schultze, Franky Amundsen y Del Solar y precedido por Luis Pereda —de quien de una vez diremos que es el personaje que representa a Borges dentro de la novela, descrito como “fortachón y bamboleante

como jabalí ciego”. Enseguida, Marechal nos dice: “Mi plan se concretó en cinco libros donde presentaría yo a mi *Adán Buenosayres* desde su despertar metafísico en el número 303 de la calle Monte Egmont, hasta la medianoche del siguiente día, en que ángeles y demonios pelearon por su alma en Villa Crespo, frente a la iglesia de San Bernardo, ante la figura inmóvil del Cristo de la Mano Rota. Luego transcribiría yo el ‘Cuaderno de Tapas Azules’ y el ‘Viaje a la Oscura Ciudad de Cacodelphia’, como sexto y séptimo libros de mi relato”. Con esto, Marechal nos anticipa la esencia de *Adán Buenosayres*, compuesta por varios viajes que se imbrican: viajes reales, fantásticos, cósmicos, simbólicos. Cinco en la primera parte —tal como aparecen esquematizados en el estudio de Barcia—: el viaje de Adán desde su pensión en la calle Egmont hasta la casa de los Amundsen; el viaje de los siete expedicionarios —Adán y sus amigos— por el bajo de Saavedra hacia la Casa de la Muerte, en donde velan a Juan Robles; el viaje a los templos de Baco y de Venus; el viaje de retorno en la noche de Adán y Tesler a Monte Egmont y el viaje nocturno de regreso de Adán en su noche penitencial. A estos viajes sigue “El Cuaderno de Tapas Azules” y, a éste, el “Viaje a la Oscura Ciudad de Cacodelphia”, o recorrido hacia el centro de la Tierra, por una especie de helicoide que es, no un rascacielos sino un rascatierra, con espirales que representan, cada una,

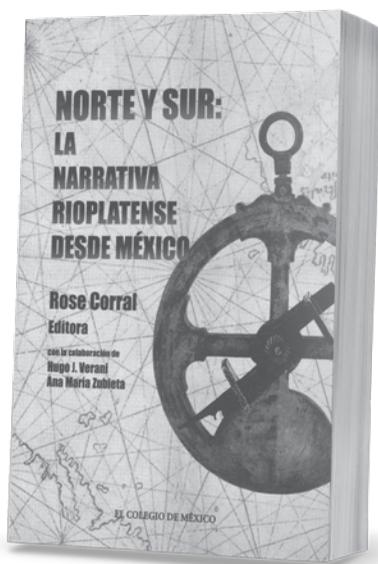
los siete pecados capitales: la lujuria, la gula, la avaricia, la pereza, la envidia, la ira, la violencia y, por último, la soberbia. A estos inframundos, descienden, en un santobogán, Adán Buenosayres, o sea Dante, y su Virgilio, el astrólogo Schultze, para ser testigos de las penas infernales que sufren toda clase de irresponsables, lascivos, sodomitas, tragones, avaros, especuladores, cicateros, perezosos, envidiosos, iracundos, rateros, timadores, asesinos, déspotas, traidores y asesinos, entre otros.

La evidente parodia del viaje por los círculos infernales de la *Divina Comedia*, impide que esta parte del libro pueda ser comparada al *Ulises* de Joyce. Tampoco la parte intermedia, “El Cuaderno de Tapas Azules” que es, entre otras cosas, un prodigioso, bellísimo viaje por la memoria y el deseo. Es la primera parte de *Adán Buenosayres* la que, en todo caso, más se acerca al libro del irlandés: en ella, viaja Adán por la calle de Monte Egmont, que al cambiar después su nombre por Gurruchaga, se transforma en una especie de símbolo de Argentina, la Argentina en la que se amalgamaron inmigrantes llegados de numerosos países europeos y de los Estados Unidos. Pedro Luis Barcia nos recuerda algunas de las semejanzas que existen entre el *Ulises* y el *Adán*, y nos señala algunas de las diferencias. Entre las primeras: ambos libros toman la *Odisea* como motivación literaria de base —aunque, reitero, sólo en esa primera parte de *Adán Buenosayres*—; ambos parten del simbolismo del viaje, y emplean la técnica del viaje; en el *Ulises*, Stephen Dedalus es acompañado por un judío, Leopold Bloom, y en el libro de Marechal el compañero de Adán es también un judío, Samuel Tesler —los dos como símbolos, sin duda, de El Judío Errante—; en ambos la latitud narrativa cubre sólo unas cuantas horas de la vida de los protagonistas, y, entre otros paralelismos, en los dos libros hay una visita a un burdel... En lo que se refiere a las diferencias, Barcia señala lo que, a mi parecer, es fundamental: en *Adán Buenosayres* no hay una sola página que responda a la técnica del monólogo interior. En otras palabras, los soliloquios de *Adán en Buenosayres* no tienen nada que ver con la llamada corriente de la conciencia. Me parece fundamental este señalamiento, porque en mi opinión el *Ulises*, a pesar no sólo del largo monólogo interior de Molly Bloom y de los pequeños monólogos interiores esparcidos a lo largo de toda la obra, es un libro que retrata un mundo que el lector puede contemplar desde afuera, es decir, de manera objetiva: el autor le permite asomarse a las conciencias de los personajes como a un libro abierto. En cambio, *Adán Buenosayres* impone su intensa subjetividad a los lectores. Es decir, a aquellos que estén dispuestos a sufrirla y a gozarla. Es necesario subrayar el profundo contenido autobiográfico del libro: *Adán Buenosayres* es, en gran medida, el propio Marechal tanto en sus viajes diurnos y nocturnos por los barrios de Buenos Aires, como en su viaje por Cacodelphia y, en particular, en “El Cuaderno de Tapas Azules”, considerado como una autobiografía espiritual y en donde abundan las páginas que relatan la infancia del autor-personaje en Maipú; su descubrimiento de la terrible acción devastadora del tiempo; sus días de escuela

en la que, una mañana, el maestro lo señala como poeta; su encuentro una primavera en Buenos Aires en un jardín de Saavedra con Aquella —Aquella como nombre, con mayúscula—, símbolo de la mujer y del ser que lo reconciliará con la Divinidad y quizás la única criatura que pudo haber saciado el tamaño de su sed espiritual.

Otras páginas, como las que narran la historia del tío Francisco y la tía Martina, páginas de una belleza deslumbrante, también pueden vincularse a la vida de Leopoldo Marechal. Autobiográfico también es este libro en el sentido de que una autobiografía literaturizada puede incluir no sólo lo que uno ha sido, sino lo que uno hubiera podido ser, es decir, una especie de ucronía sentimental. Así, en una de las espirales infernales, Adán Buenosayres se encuentra a unos homúnculos de celuloide, Los Potenciales, que presentan los destinos locos, las aventuras imposibles y las personificaciones absurdas que los hombres inventan, sueñan, para sí mismos. En algunos de ellos, el personaje reconoce al púgil, al político o al fraile que pudo haber sido, y cuyos nombres responden, cada uno, a un anagrama de Adán Buenosayres: Edison Anabaruse, Brandán Esoseyúa, Bruno de San Yasea, Urbano de Sasaney y Fray Darius Anenae. Se reconoce también el deseo que quizás alguna o varias veces tuvo Leopoldo Marechal —como otros lo hemos tenido— de haber sido otra clase de hombre, muy alejado de las complicaciones y tribulaciones literarias y filosóficas, en ese hermoso grito: “¡Señor, yo hubiera querido ser como los hombres de Maipú que sabían reír o llorar a su debido tiempo, trabajar o dormir, combatir o reconciliarse, bien plantados en la vistosa realidad de este mundo!”

La experimentación con el lenguaje y con ella la pluralidad de estilos y técnicas, han sido vinculadas también con el *Ulises*. Sin embargo, creo necesario señalar que, cuando se imita a Joyce en este sentido no se está copiando una



historia, sino que se copia —o mejor, se utiliza— una forma de contar una historia. Joyce nos heredó una serie de valiosos instrumentos que cualquiera de nosotros tiene derecho a utilizar. Y es más, no todos fueron inventados por el irlandés. Cervantes y Lawrence Sterne e incluso un oscuro escritor, Dujardín, autor de una obrita en la que por primera vez aparece el monólogo interior se anticiparon, hecho reconocido y señalado por el propio Joyce.

En la prosa de *Adán Buenosayres* abundan los pastiches, los diálogos salpicados de palabras y frases en lunfardo, los italianismos, anglicismos, galicismos, criollismos y el cocoliche que, como nos señala Barcia, es una mixtura del napolitano y del español. Hay numerosas frases en latín, múltiples alusiones a obras célebres de la literatura universal, a la mitología griega e hindú, a las leyendas gauchescas, a la historia de Buenos Aires y la Argentina, parodias de tangos famosos y parrafadas construidas con frases sacadas de ellos, páginas enteras escritas en forma de teatro, versos de payadores, cultismos y neologismos inventados por Marechal. Los personajes se dan el lujo de improvisar frases que tienen toda la facha de cadáveres exquisitos: “El chaleco laxante de la melancolía lanzó una carcajada verdemar frente al ombligo lujosamente decorado” o “El exquisito anacoreta le pegó un botón adulescente a la llanura de tres pisos” o bien se sueltan a hablar en neocriollo, forma de gílgico, nos dice Barcia, cuyo modelo más remoto está en Rabelais, en el que se inspiraron, entre otros, además de Marechal, Julio Cortázar: “Convenimos —habla Schultze— para inframbular en los cacositios y suprambular en las calirreligiones. Y te mando que me digas dónde se abre la sampuerta”.

Es evidente que todos estos recursos lingüísticos y técnicos no alcanzan en *Adán Buenosayres* la intensidad ni la riqueza de los empleados por Joyce. Pero imitar hasta ese punto al irlandés no pareció haber sido nunca la intención de Marechal, lo cual, sin duda, agradece el lector, ya que en *Adán Buenosayres* abundan —lo que no sucede en el *Ulises*— páginas y más páginas de una prosa fluida en la que el lector puede navegar como en un río de aguas tersas. Páginas de un lirismo —en el mejor sentido de la palabra— lleno de frescura.

El hecho de que *Adán Buenosayres* constituya un enorme fresco de la vida de una parte de Buenos Aires, como el *Ulises* lo fue de Dublín, emparenta también a estas dos obras. Pero, una vez más, es necesario reiterar que el libro de Joyce es un ejemplo a seguir, porque al hacerlo no se copia una historia ni una ciudad ni un país sino la forma, o las formas de contarlos. Y de cantarlos. Y esto, en mi opinión, es válido.

Es así como, en los viajes de *Adán Buenosayres*, en los que se conjugan lo celestial y lo terrestre, lo sublime y lo ridículo, lo arrabalero y lo universal, lo carnal y lo espiritual, y que efectúa el personaje acompañado unas veces por uno solo de sus amigos y otras por otro, o por varios, o por todos, entre ellos el Señor Tesler “filósofo dionisiaco”, como se le llama en el libro, el Señor Amundsen “globe trotter”, el Señor Pereda

“criollósofo y gramático”, el Señor Bernini “moralista, polígrafo y boxeador”, “todos artistas”, nos dice Marechal, en esos iries y venires por la calle de Gurruchaga y los varios y variados infernos del helicoide schultziانو, se respira el ambiente denso, policromado, de fresco y rompecabezas, sinfónico, de los paseos de Leopold Bloom. También en el intenso onirismo que permea la realidad y que puebla *Adán Buenosayres* de escenarios y personajes fantasmas: el burdel de Doña Venus, el kimono de Samuel Tesler que, entre otras cosas, tiene bordadas las 98 posiciones eróticas del kamasutra, el cortejo funeral que les sale al paso, la *soirée* en casa de los Amundsen que ilumina como un sol la belleza de Solveig la amada, la mención de *Rule Britannia*, y el grito ¡que nos devuelvan Las Malvinas! la gorda Gea, el café Izmir donde Abdalla, Abraham y Jabil discuten los méritos y verdades de las tres religiones monoteístas, las prostitutas —sirenas semiocultas en un zagúan—, la recreación de la Danza de la Muerte y de la Nave de los Locos, la pintarrajeada Flor del Barrio, el encuentro con el Gliptodonte, las Tres Cuñadas Necrófilas y, entre mil cosas más, la figura del neocriollo de “jeta saxofónica” que baila malambo, la cueca, la chacarera, el sombrerito, el pala pala, la resbalosa, el pericón y el chamamé, a lo que se agregan las visiones, los portentos y los prodigios de las espirales infernales de los que hablamos al principio.

Del humor, utilizado para caricaturizar a sus contemporáneos, pondré un solo ejemplo: de Pereda o sea de Borges, dice —entre otras cosas— Marechal por boca de Franky Amundsen: “Lo mandan a estudiar griego en Oxford, literatura en la Sorbona, filosofía en Zurich ¡Y regresa después a Buenos Aires para meterse hasta la verija en un criollismo de fonógrafo!, ¡Bah! ¡Un pobre alienado!”. La broma me parece inocente, aunque quizás a Borges le molestó. Pero vale la pena señalar que esto fue escrito en los años cuarenta, y que por lo tanto parece remitirnos más al Borges de *Fervor de Buenos Aires* que al Borges de *Ficciones* y del *Aleph*.

En lo que concierne a la pretendida “suciedad” del texto, creo pertinente subrayar que de este magnífico libro están totalmente ausentes el erotismo y la pornografía, aunque no debemos olvidar que en la época en que aparece *Adán Buenosayres* otros eran los gallos y los criterios morales que llevaban la voz cantante. Comparado a lo que se publica hoy día, el libro de Marechal es una blanca palomita. Aparte de esa ya mencionada Doña Lujuria de las tetas perricabezunas como las llama Adán Buenosayres y las torpes nalguialas, apenas si hay otras dos o tres imágenes un tanto perturbadoras en el libro, como la de unos hombres que, en el séptimo ambiente infernal o cañaverl de los sodomititas, se hallan ensartados por los esfínteres o, en la torrentera de los adúlteros, los hombres que a duras penas arrastran sobre duras y afiladas penas sus órganos genitales, “desarrollados hasta lo inverosímil”.

Lo demás es escatología de pura estirpe rabelesiana, que procede de la misma fuente de la que se alimentó la escatología joyceana, y nada más. Bolos fecales que viajan en

termos niquelados, una multitud que defeca de manera orquestada y reflexiones profundas sobre el *ars cagandi*, o arte de cagar, en relación con la muerte. Y, por otra parte, pedorreando del motor de la lancha que cruza la Laguna Estigia, un pedorreante concierto brandemburgués y el pedo luminoso que se suelta el neocriollo y que sube al cielo para ubicarse en la constelación del Centauro entre las estrellas Alfa y Beta. O sea, no tanto buenos aires como malos aires, hasta la frase que remata el libro. Cuando Adán llega a las profundidades de Cacodelphia, la ciudad de los hermanos feos, su neogogo, Schultze, le presenta al viejo guía, el Paleogogo, que habrá de llevarlo a las alturas de Calidelphia, la ciudad de los hermanos hermosos. Viaje este último que, por cierto, se quedó en el tintero de Marechal. Y cuando Schultze le pregunta a Adán qué le parece su Paleogogo, Adán le contesta, entre otras cosas: “Más fiero que costalada de chanchito. Más duro que garrón de vizcacha. Mañero como petizo de lavandera. Solemne como pedo de inglés”.

Sin embargo, creo que lo que más disgustó a la crítica de la época, fue la intensión de Leopoldo Marechal de crear un microcosmos. La novela como “*summa*”, que pretende abarcarlo todo, suele irritar a críticos y novelistas quizás, pienso, porque la actitud del autor se confunde con el más hondo de los pecados capitales del helicón: la soberbia. Yo, que siempre he compartido con Marechal esa obsesión, la de la novela total, no lo condeno. Lo dejo para aquellos que, como el ratón que sale en *Adán Buenosayres*, al considerar la envergadura del elefante exclaman: “¡Eso es un insulto!”. Allá ellos.

Hasta aquí llegan las notas que, sobre *Adán Buenosayres*, leí en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, en 1997. Invitado con poca anticipación por la Rectoría de la Universidad de Guadalajara a participar en una mesa redonda sobre literatura argentina, recurrí a esta novela, que había leído con inmenso placer en los años cincuenta, para cumplir con ese compromiso. En esos días, no contaba yo con otros elementos que la propia novela y los comentarios del ya citado Pedro Barcia. La premura no me permitió el acceso a otros comentarios críticos que, por otra parte, se localizan en esta ciudad de México, por ejemplo, en este mismo Colegio, pero no en la capital tapatía. Por coincidencia, dos días después de la mesa redonda, me encontré, en la Feria, la edición crítica de *Adán Buenosayres* de la Colección Archivos, coordinada por Jorge Lafforgue y Fernando Colla (Archivos / UNESCO, Madrid, 1997). Este hecho y el no menos importante de saber que en este “Encuentro” que hoy se inaugura



Fernando del Paso en la ceremonia de entrega del Premio Cervantes.

podía yo extenderme un poco más, me dio la oportunidad de hacer un agregado a raíz de mi lectura de los artículos que aparecen en esa edición, y en particular de aquellos de los que sólo tenía referencia a través del propio Barcia. Me he prometido hacer, en un futuro cercano, un todo estructurado de estas dos partes de mi ponencia. Por ahora, esto me ha salvado de caer en el lugar común de los estudios marechalianos señalado por Colla: introducir el análisis de la novela con menciones de los avatares de la recepción crítica del libro, y entre ellos lo que Colla llama “el rebuscado menosprecio” y la “consigna del silencio”, posiciones que, al parecer, algo o mucho tuvieron que ver con la situación de Leopoldo Marechal como funcionario peronista.

Por principio de cuentas, me enteré de algo que muchos de ustedes, sin duda conocerán, y fue que la intolerante posición de González Lanuza parte del momento en que éste se encontró a Marechal en la redacción de un periódico y, al preguntarle qué proyecto literario tenía entre manos, el poeta le contestó: “Estoy escribiendo una novela genial”. Por lo tanto, Lanuza, según nos cuenta él mismo en el número 169 de la revista *Sur*, de noviembre de 1948, creyó proceder con “lealtad” si juzgaba la obra “por todo lo alto —estas son sus palabras— desde el pináculo de la genialidad en que su autor quiso colocarla”. Lo que no nos dice Lanuza es si, para juzgar una novela pretendidamente genial, se necesita a un crítico con las mismas aspiraciones a la genialidad. Le molesta a Lanuza la transparencia del lenguaje simbólico empleado por Marechal, califica el libro como un extravío solipsista de lenguaje letrinesco, y supone que Marechal, lector de Aristóteles, debió haber sistematizado las supuestas caracte-



rísticas distintivas de un libro genial, para seguir las al pie de la letra. Por otra parte, para Lanuza, entre el *Ulises* de Joyce y el *Adán* de Marechal, sólo existen coincidencias.

No es esta, exactamente, la opinión de Noé Jitrik en lo que a esos se refiere: para Jitrik —en *Contorno* (Buenos Aires), números 5-6, 1955—, y quién duda de lo que se ha considerado como una profunda influencia del irlandés, Marechal

supuso que “hacer ciertas cosas como Joyce, produciría los efectos que producen las cosas de Joyce”, y que en eso estaba Marechal equivocado. Para Adolfo Prieto, un crítico benévolo —o, diría yo, un crítico con visión—, Marechal se limitó, sin mayor trascendencia, a utilizar ciertos recursos novelísticos de Joyce como la simultaneidad del relato o la creación de un vocabulario proteico, pero nada más. Mientras tanto, Emir



Rodríguez Monegal insiste en que Marechal diagramó su novela según el modelo del *Ulises* joyceano, pero hizo sonar a hueco lo que era, en Joyce, forma plena de contenido. Dice más Monegal, en *Narradores de esta América* (Alfa, Montevideo), en 1969, o sea veinte años después de su primera crítica, y es que Marechal reproduce la técnica o la situación joyceanas pero jamás el espíritu.

Los baños de pureza que se da el protagonista. Adán Buenosayres, y que se sabe muy bien que no es otro que el propio autor, Leopoldo Marechal, fue otro motivo de irritación de los críticos que hoy, a tantos años de distancia de muerto y enterrado Marechal, parecería un hecho inocuo. Esta irritación, desde luego, tiene que ver con el contraste que, según se desprende de la novela, existe entre las virtudes de Adán, y los defectos de sus compañeros de aventuras. “Señala los supuestos vicios ajenos —nos dice Lanuza—, y con ejemplar modestia monacal flagela secretamente los propios”. En tanto que Jitrik, en lo que constituye sin duda alguna un excelente ensayo, afirma que en el prólogo que el mismo Marechal escribió para la novela, el autor dice que “afortunadamente, y muy a tiempo” advirtió que “no estaba llamado al difícil camino de los perfectos”, y pide perdón con cierta dudosa humildad por las alusiones agraviantes que contiene la novela. Cita Jitrik el último párrafo de dicho prólogo: “Y no ignoro que, si algunos visten el traje de lo ridículo, lo hacen graciosamente y sin deshonra, en virtud de aquel ‘humorismo angélico’ (así lo llamó Adán Buenosayres) gracias al cual también la sátira puede ser una forma de la caridad, si se dirige a los humanos con la sonrisa que tal vez los ángeles esbozan ante la locura de los hombres”. Y agrega Jitrik: “*Adán Buenosayres* no es más que un ejercicio virtuoso del prejuicio”. Por su parte Monegal, crítico rabioso de la novela, además de señalar que el lenguaje letrinesco del libro estaba calculado para destacar “la casi immaculada pureza de su protagonista”, afirma que “la novela produce un asco visceral, no profundo y metafísico como la náusea de los existencialistas, sino el asco que suscita lo bajo, lo sucio, lo miserable”.

La literatura está llena de historias inspiradas en personajes de la vida real. Este recurso, dice Jitrik, “es cómodo como punto de partida, y útil como caño de desagüe”. Por otra parte, nos indica, con maravillosa lucidez, que la clave —es decir la que tenemos que descifrar para saber cuál personaje literario corresponde a cuál personaje de la vida real— sufre “una íntima contradicción que la desazona”, ya “que su objetivo inmediato no se reconoce si se la trasciende, y si por el contrario es muy evidente y todos comprenden de quién se trata, la clave ya no pertenece a la literatura sino al libelo”.

En mi opinión es difícil aceptar que estos casos literarios constituyan un libelo —si se define esta palabra como escrito que denigra o infama a una persona—, ya que en ellos no se mencionan los nombres verdaderos de las supuestas víctimas. Pero aun si admitimos que se trata de algo parecido, tenemos también que aceptar que los afectados se enfrentan, ellos mismos, a una contradicción: si acusan al autor de haberlos denigrado o difamado, tendrían que admitir que, de alguna manera, o hasta cierto punto, se reconocen en el personaje literario correspondiente. Y en este caso, mejor es no menealle, como diría Don Quijote.

# Los Cervantes mexicanos

- Octavio Paz (1981)
- Carlos Fuentes (1987)
- Sergio Pitol (2005)
- José Emilio Pacheco (2009)
- Elena Poniatowska (2013)
- Fernando del Paso (2015)

También en el olvido de estas ofensas interviene el tiempo. Son ofensas lejanas, y desde luego ajenas, que sin duda debieron causar la ira justificada de aquellos a quienes Marechal caricaturizó con lengua, a veces, viperina, magnificados por el hecho ya mencionado de que Adán Buenosayres se dé baños de pureza. No hay que olvidar que Leopoldo Marechal no sólo era profundamente católico —lo que lo sitúa en las antípodas de Joyce— sino que, como nos lo señala Jitrik, el suyo era un catolicismo sin resquebrajadura, sin conflicto, lo que a su vez lo aleja de un Mauriac o de un Bernanos.

Todo esto, a mi parecer, no le quita lo gracioso al hecho de que, tal como lo dijo Adolfo Prieto en “Los dos mundos de Adán Buenosayres”, artículo publicado en 1959 en el *Boletín de Literaturas Hispánicas* (y que la edición de Archivos reproduce en su *dossier*), “Borges, lúcido detractor de la manera modernista con sus cisneríos, sus lagos, sus marqueses”, haya volcado “sus iniciales inquietudes poéticas en la tarea de levantar una retórica nueva, con organitos, callejones, cuchilleros y esquinas rosadas”. Él, Borges, digo yo, el más universal de todos los argentinos.

Pero por otra parte tampoco le quita lo violento a la rabia de algunos críticos como Monegal, quien en el ensayo citado, “Adán Buenosayres, una novela infernal”, define el viaje de Adán como 250 páginas llenas de odio, y dice que Marechal

era “un mediocre, un reprimido, un orgulloso satánico [...] Falso católico, falso poeta, falso hombre”. Yo me pregunto: ¿de la boca de quién brota más odio, o más el odio: de la de Marechal o de la boca de Emir Rodríguez Monegal?

Aunque Adolfo Prieto, tras encontrar justificable lo que llama “el anhelo faústico” de Marechal en su intención de encerrar en las mallas del símbolo el mundo conocido de su tiempo, acepte algunos aciertos indudables de la novela, pero señale lo que considera su fracaso final, es un alivio —para mí lo fue—, encontrar en el *dossier* de la recepción crítica de la edición de Archivos algunas declaraciones del propio Prieto como las siguientes: una, “aunque la crítica contemporánea a la aparición del libro (1948), salvo la de Julio Cortázar, se propuso ignorarlo o restarle importancia, fue evidente que los círculos literarios sufrieron su presencia como una verdadera conmoción”. Otra, “no cuesta reconocer que, en conjunto, es una de las obras más interesantes y valederas de la literatura argentina”.

Pero se equivoca Prieto, y de manera rotunda, al afirmar que *Adán Buenosayres* es una novela incomprensible y vacua para lectores no argentinos. Aunque seguramente se me escaparon muchas alusiones y guiños al lector argentino, como se me escaparon, sin duda, los destinados al lector irlandés en el *Ulises*, yo, como novelista mexicano disfruté enormemente este libro, para mí genial, del poeta argentino. Rodríguez Monegal cuenta que en un viaje a Buenos Aires descubrió que, de los más ardientes defensores de la novela, sólo uno la había leído completa. Se equivoca Monegal si llegó a pensar que cuando muriera ese uno ninguno quedaría en el mundo: hemos sido dos, por lo menos; es decir, tres, porque yo la he leído dos veces, y espero que en un futuro no muy lejano seamos cuatro, porque no pienso morirme sin releer, de cabo a rabo, de nuevo, y de viejo, *Adán Buenosayres*.

Se equivoca otra vez Monegal cuando dice que esta novela se demuele sola, ya que ninguno de sus devotos admiradores la defienden: creo que después de lo que he escrito y dicho, pocos podrían dudar de que soy no sólo un admirador, sino un devoto admirador y un defensor a ultranza de *Adán Buenosayres*.

Y puedo yo equivocarme también, pero reitero que en mi opinión lo que más disgustó a la crítica de la época, fue la intención de Leopoldo Marechal de crear un microcosmos. Repito el último párrafo de la primera parte de mi ponencia: “La novela como ‘*summa*’, que pretende abarcarlo todo, suele irritar a críticos y novelistas quizás, pienso, porque la actitud del autor se confunde con el más hondo de los pecados capitales del helicón: la soberbia. Yo, que siempre he compartido con Marechal esa obsesión, la de la novela total, no la condeno. Lo dejo para aquellos que, como el ratón que sale en *Adán Buenosayres*, al considerar la envergadura del elefante, exclaman: ‘¡Eso es un insulto!’”.

Guadalajara, noviembre de 1997

Guadalajara, febrero de 1999 

# VOICES *of Mexico*

CISAN-UNAM

Issue 102

Autumn-Winter 2016-2017

## MAGAZINE

Published entirely  
in English, brings you  
essays, articles and  
reports about the  
economy, politics,  
the environment,  
international relations  
and the arts.

---

**Published three times a year**

### Subscriptions

Mexico \$140.00 M.N.  
United States and Canada US\$ 30.00 dls.  
Other Countries US\$ 55.00 dls.

---

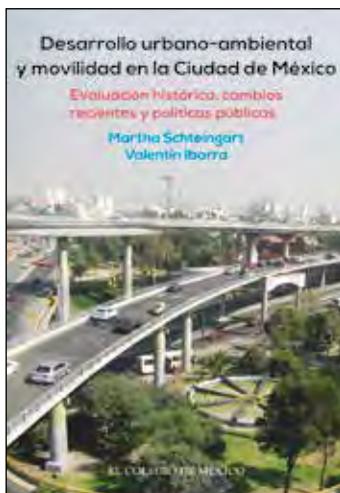
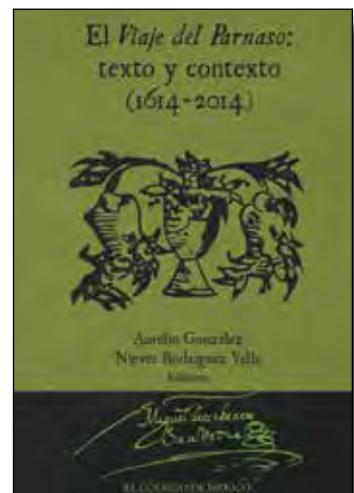
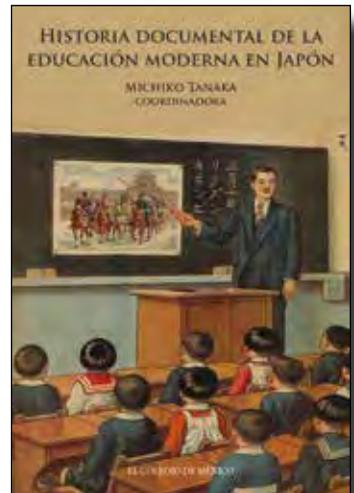
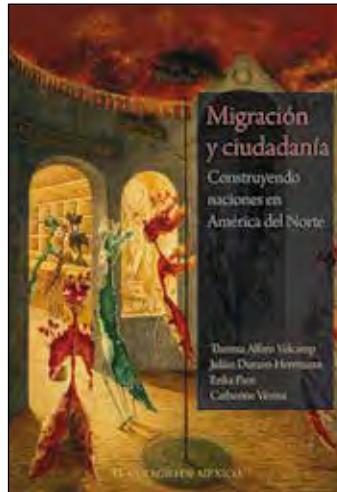
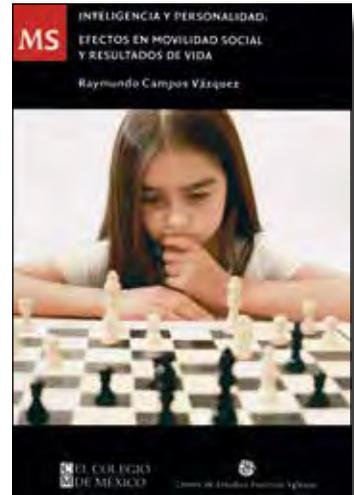
Torre II de Humanidades, piso 10,  
Circuito interior de Ciudad Universitaria,  
México, D. F., C. P. 04510.  
Telephone (011 5255) 5623 0308  
5623 0281

voicesmx@unam.mx  
[www.revistascisan.unam.mx/Voices/](http://www.revistascisan.unam.mx/Voices/)

BACK ISSUES AVAILABLE  
WRITE US FOR A FREE COPY

Abril Castillo, *Don't Forget Me.* ▶





**El Colegio de México, A. C.,**  
Dirección de Publicaciones, Carretera Picacho 20,  
Ampliación Fuentes del Pedregal,  
14110, Ciudad de México  
Para mayores informes:  
Tel. 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,  
o correo electrónico:  
publicolmex@colmex.mx